

CENIT

— sociología —
ciencia — literatura

Plácido Bravo: El valor del ejemplo. — **Fontaura:** Armand y nuestra juventud anarquista en Barcelona. — **Federica Montseny:** Francisco Largo Caballero. — **J. Capdevila:** Sobre política. — **M. C.:** El universo de Alaiz. — **Eugen Relgis:** Tríptico de Stefan Zweig. — **Floreal Ocaña:** De Schumann y Vatzlav Nijinsky a nuestros días. — **D. A. de Santillán:** ¿Para qué sirve el bagaje ideológico? — **Mariano Viñuales:** El desertor. — **Angel Samblancat:** La cárcel de P... — **B. Cano Ruiz:** La irreligiosidad en las ideas. — **Tijeras:** Destinos repetidos. — **T. Y. L.:** Formas de la autoridad. — Un cuento de Tolstoi. — **Alberto Insúa:** El termómetro en el balcón. — **Han Ryner:** Los reflejos en el agua. — **Ibor Sisifo:** Morir al alba. — **Eusebio Carbó:** Obstinación saludable. — **M. Celma:** La vida y los libros. — **Denis:** El filósofo.

146

FEBRERO · 1963

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 100 F.

Sumario



NUESTRA PORTADA: MÁLAGA

Málaga es, por su sitio, su clima y su historia una de las ciudades que más han marcado la conciencia española y una de las que más caracterizan a España.

En nuestra imagen se ve al puerto y su bahía. Está limitada al Este por la punta de los Cantales, y al Oeste por la de Torremolinos ofrece a la vista un tablero encantador. La colina de Gibralfaro al Este, domina la villa con majestuosidad milenaria mientras que por otro lado guarece, cual una madre a sus hijos, la hermosa playa de la Caleta. Con su clima excepcionalmente benigno, atemperado y saludable y la laboriosidad de su pueblo, Málaga es una de las ciudades de Andalucía que más progresan.

No se sabe a ciencia cierta quiénes fueron sus fundadores, probablemente lo fueran los fenicios. A éstos, en todo caso, se la conquistaron los cartagineses; a éstos los romanos y, en fin, después de 711 años de dominación cristiana, la ocuparon los moros hasta 1487, año en el que se produjo de nuevo el dominio de los cristianos. La población mora que allí quedó se sublevó violentamente 14 años después (1501) sin éxito, por cierto, antes al contrario, la represión fue dura, de tal forma que pasaron 61 años sin que otra sublevación tuviera lugar. Los almudéjares, en 1568 intentaron y fracasaron en su segunda sublevación, siendo ésta la última manifestación de fuerza de la población árabe.

En 1820, el general Riego proclamó su constitución.

En 1831, Torrijos y sus compañeros, que habían izado la bandera de la rebelión fueron fusilados en la playa de San Andrés.

Desde entonces Málaga ha sido receptora de todas las ideas de progreso. El anarcosindicalismo ha estado desde hace medio siglo profundamente arraigado. En Málaga, mucho más que en el resto de Andalucía, el pueblo ha sido sentidamente anticlerical. Prueba de ello la tenemos en los hechos que ocurrieron cuando el advenimiento de la República. Desde el 14 de abril al 16 de mayo de 1931, el pueblo quemó en Málaga 43 edificios religiosos (conventos e iglesias).

El 19 de Julio, la calle Larios (marqués de Larios, cuya estatua el pueblo echó al mar el 14 de abril) fué incendiada.

Málaga cayó en poder del fascismo el 7 de febrero de 1937. Lo más horrible del fascismo se produjo allí. Esta ciudad, como Badajoz, como Guernica, como Alicante merecen el recuerdo imperecedero del pueblo español.

Según referencia de la época (Kœstler, Malraux) más de 15.000 personas salieron de Málaga hacia el Motril huyendo de la soldadesca fascista. La mayoría de esta población caminaba por la carretera que costea el litoral y fué ametrallada desde el aire por aviones nazis y desde el mar por barcos fascistas. Más de 30.000 muertos fueron enterrados después que hubo pasado la acción civilizadora de las tropas de « Cristo-Rey ».

CENIT

REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores:

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevilla, G. Esgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros : « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en el que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)



REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XIII

Toulouse, Febrero 1963

Nº 146

El valor del ejemplo

CUANDO se piden sugerencias para dinamizar, impulsar y efectivizar la propaganda, una respuesta casi unánime emerge del coro consultado: «Con el ejemplo». Y parece hagan un axioma, con tonos de oráculo, los consultados empero se quedan tan frescos en sus casas y tibios en sus camas.

Con lo dicho no trato de ridiculizar la técnica propagandística citada. Trato de evidenciar la discordancia entre la resolución adoptada y la acomodada posición de los que la adoptaron. No nos extrañe que el resultado proselitista sea menguado, pues la lección de los profesores invita a la somnolencia, al bostezo y hasta al ronquido.

El pueblo desconfía de la elocuencia que no va incluida en el hecho. Basta ya de verborrea: verbos gráficos, pensamientos plásticos, ideas en actividad, teorías experimentadas, sentimientos dinámicos. Recibos no bastan, precisan de comprobantes. Y es cierto que en muchos predicadores asoma el rabo del prestidigitador y la oreja del demagogo. Pero en este afán de positivismo, mejor esta sed de empirismo, se cobija, hasta cierto grado, cierto complejo primario, infantilismo del que el pueblo está imbuído. Algo parecido a lo que le sucedía al alumno retrasado de la escuela, que, incapaz de asimilar la regla aritmética de la división en teoría, se las pintaba como nadie cuando se trataba de repartir treinta melocotones precoces, hurtados de la huerta pueblerina, entre cuatro amigos, y esto sin amedrentarse por el reparto del crecido residuo.

Contar como los viejos, haciendo

ballotear los dedos de las manos, o con las perras sobre el tapete.

Recuerdo que otro zagal siempre andaba zaguero, sin querer ser tampoco el último, cuando se trataba de atravesar el río. Esperaba que el experimento de los primeros le confirmaría o no el peligro, y que en último trance los últimos le socorrerían. Esto en vez de aprender a nadar, aunque fuese contra la corriente, con soltura. He ahí al desconfiado de sí mismo por débil, que no es igual que ser, por fuerte, descreído.

Porque además, hay verdades reveladas que nunca serán nuestras mientras no tratemos de penetrarlas. Y hay otras que son ciertas pese a los disfraces adoptados por quienes nos las enseñan, pero a condición de no rechazar el esfuerzo que requiere todo experimento propio. Pero por encima de todo, hay el esbozo, está el croquis, se halla el esquema, que revelan afanes, inquietudes, dudas y a veces quimeras; y son estos simples diseños más fecundos que las obras seculares, de piedra, legadas por faraónicos, helenos, romanos y arábigos juntos.

Que hay deseos balbuceados de mayor equivalencia a otros satisfechos y evaporados ya. Que la ilusión de hoy suele delinear la realidad del mañana. En fin, que a la abstracción recurre la misma ciencia para llegar a la síntesis.

La psicología, la astronomía, el álgebra inclusive, tienen que echar mano, para afrontar, dilucidar y analizar ciertos problemas, a los símbolos: sueños, espectros y signos convencionales de ciertas características; y es por ellos que las realidades superiores pueden ser desalojadas de la cueva del enigma, y ciertas leyes complejas,

hasta ahora encubiertas por el velo del misterio o cubiertas con milagrosas túnicas, descubiertas e identificadas al desnudo.

Hay que empezar por sugerir, hacer que nazca el deseo, antes y mucho más que preocuparse por la fórmula que lo satisfaga. Como tampoco basta arrimarse al ambiente propicio, mejor crear un ambiente aunque sea en terreno adverso. Dar el ejemplo sin esperarlo demasiado, y ni siquiera esperar que el nuestro sea seguido al pie de la letra. Porque el hombre que tiene la monomanía —mania del mono— de copiar, calcar, imitar e igualar a los demás, nunca será él mismo. Siempre será reflejo de otros focos.

Y en esta sociedad en la que muchos recurren al plagio, algunos escondiéndose para así mejor distinguirse, no faltan modelos y a buen seguro que sobran moldes, en los que nos vacían después de derretir y pulverizar nuestra personalidad naciente.

Y en nuestra civilización cinegética, sin vínculos solidarios, pero con cepos y lazos escurridizos por doquier, propios de «cow-boy», es éste el ejemplo que se ofrece con insistencia a los monos deslumbrados. Cazador el juez, cazador el financiero, cazador el político, cazadores casi todos, y los menos astutos y peor pertrechados venazón de todos.

En guasa, pero con lógica inconfundible, decíame un amigo de trabajo ante la torva mirada del burgués: «Veinte años de ejemplo consecutivo: trabajando, y éste, que tan malamente me mira, sin arrimar el hombro ni doblar el espinazo.»

PLACIDO BRAVO

Armand y nuestra juventud

anarquista en Barcelona

Hace algún tiempo, tras el fallecimiento del veterano anarquista individualista E. Armand, cundió entre algunos compañeros, franceses y de otros países, la idea de publicar un libro conteniendo colaboración internacional anarquista, recordando al que fué incansable publicista y animador de periódicos y revistas

de matiz ácrata. Nuestro querido Hem Day se dijo que llevaría a cabo la edición del volumen. Posiblemente, dificultades de orden financiero, retrasen sine die su publicación.

Solicitando a colaborar en la obra de referencia, envíe el texto que sigue.



HAN pasado los años, y con ellos hemos ido acumulando experiencias. Han pasado los años, dejando como una estela de recuerdos en el fondo de nuestro ser. Han pasado los años y han dejado la huella del desgaste en lo físico. Pero el tiempo no ha conseguido amortiguar nuestra voluntad, anulando nuestra energía de idealistas.

Rememorando el pasado, aparecen los años de juventud. Etapa juvenil vivida en intenso periodo de lucha social en Barcelona. Y es de entonces que data la iniciación a la lectura de los escritos de Emile Armand.

Preponderaba en el ambiente libertario la tendencia anarco-sindicalista. Había en el mundo social una psicosis de lucha enconada, a la defensiva de bandas de pistoleros, pagados por la Federación Patronal y protegidos por el propio gobernador de la ciudad.

A fuerza de actuar dentro del sector obrerista revolucionario, se había gestado, en sentido general, una concepción que podríamos llamar **clasista** del anarquismo. Era una apreciación de las ideas, de fondo unilateral. Anarquismo, por así decir, de blusa y alpargatas. Anarquismo con apreciaciones bien elementales; idealismo de «coto cerrado», como había expresado uno de los pensadores más profundos y originales que hemos tenido en España. Me refiero a Ricardo Mella.

Evidentemente, se ha de reconocer que esa visión **an-arquista** (tomando la expresión de Paul Gille) de tono limitado, de visión casi exclusivamente obrerista, andando el tiempo ha sido pródiga en resultados. En otros países, el anarquismo un tanto **aristocratizado**, valga la expresión, totalmente al margen de la acción sindical, ha creado una atomización de fuerzas, una notable disgregación y debilitamiento. Los anarquistas, en esos países a que aludo, han constituido una especie de **elite**, apartada del contacto con el ambiente popular. Después ha ocurrido el fraccionamiento a base de grupos, de **capillas**, en cada una de las cuales ha habido una figura representativa que

ha mirado con desdén a los otros elementos, también de formación ácrata.

En España se ha tenido el buen acierto de que los compañeros de una y de otra tendencia, dentro del sentir anarquista, en su mayoría, hayan pasado a formar parte integrante de la Confederación Nacional del Trabajo. Conservando, en lo **íntimo**, el modo de ser acorde con la sensibilidad particular; se ha batallado con y por la C.N.T. Esa tenacidad, esa constancia, ha sido la que, pese a todas las vicisitudes experimentadas; pese a la acción disolvente de los años, ha permitido que, tras de veintiséis años de forzado exilio, el Movimiento Libertario español dé prueba de prodigiosa vitalidad, editando periódicos, revistas, boletines, folletos, libros; organizando actos públicos y manteniendo una bien cohesionada organización. ¿Qué otro sector, de tal o cual país, tras de años de exilio, puede decir lo mismo? Indudablemente, ninguno.

Pero, esbozado a modo de una visión panorámica del anarquismo en su sentido general, vuelvo a referirme a Emile Armand y a su influencia de orden filosófico entre un denso conjunto de juventud estudiosa que vivía; en la Barcelona de los años 1917 al 1920 en particular. Influencia que abría nuevos horizontes; que robustecía nuestro anarquismo, ya que iba más allá del limitado concepto clasista a que estábamos acostumbrados, puesto que partía del individuo, yendo a la entraña de su pensar y de su sentir, independientemente del **mundo circundante** que sirviera de marco a su actuación como ente social o viviendo en sociedad.

Antes de conocer los trabajos de Armand; antes de leer sus publicaciones: « Par delà la mêlée », « Hors du troupeau », « L'en dehors », teníamos una idea vaga de la posición anarquista individualista. Conocíamos la interpretación de un individualismo « anarquista », **sui generis**, que difundían ciertos elementos. Sabíamos que en la barriada barcelonesa denominada Barceloneta

había existido un grupo individualista que se denominaba « Los hijos de puta ». Elementos de vida atrabiliaria, de costumbres bien poco ejemplares...

Había también algunos intelectuales que, leyendo e interpretando a su modo la famosa obra de Stirner, « El Único y su Propiedad », habían adquirido un altivo orgullo de aristócratas, elevando su YO por encima de todos los demás mortales. Un ególatra diletantismo como el que destacó Maurice Barrès en sus primeros libros. Eran gentes que **estaba por encima del bien y del mal**; iban a lo suyo, y tomando como propias las tesis de ciertos darwinistas que nos hablaban de que, en la vida, el triunfo lo obtenían los más fuertes, así ellos, a la postre, defendían el individualismo burgués, bajamente egoísta, de los explotadores que vivían a expensas de la masa.

Había en Barcelona algunos kioscos para la venta de periódicos, cuyos dueños sentían acusada predilección por el ideario anarquista. Frente al café del Teatro Español, Café de singular nombradía en Barcelona por que en él tenían lugar diariamente animadas tertulias, en donde los más vehementes de sus animadores eran anarquistas, había uno de estos kioscos. Se despechaban en él periódicos y revistas ácratas de diversos países: suramericanos, italianos, franceses, ingleses, etc. Mensualmente recibían « L'Idée Libre », que publicaba Andrés Lorulot, y « L'en dehors », de Armand. Teníamos idea del comportamiento poco leal de Lorulot para con sus antiguos camaradas de lucha, los anarquistas. Nos complacía leer lo que publicaba Armand. Y muchas tardes de domingo, un buen grupo de jóvenes, sentados frente al mar, tras del Puerto, comentábamos con pasión juvenil las ideas de Armand.

Nos complacía saturarnos de las concepciones de un anarquismo completo que Armand, siguiendo su máxima: « Exponer, proponer, más nunca imponer », nos daba a conocer. Consideraba Armand que el anarquista no solamente ha de ser pacifista, esto es: odiar la guerra, sino que, al propio tiempo, ha de atacar al militarismo, empezando el individuo por negarse a acudir al cuartel. Exponía que si se es adversario de la ley del salariado, lo lógico es que se procure tener un medio de vida independiente que permita el no tener que ir tras de ningún patrono. Aducía que todo aquél que está disconforme con la Iglesia, lógicamente ha de prescindir de todo lo que sean formalismos de índole religiosa. Paso a paso iba contorneando todo lo que Enrique Ibsen llamó « puntales de sociedad » para derruirlos con acopio de razonamientos incontrovertibles.

Nos complacía singularmente la concepción que tenía Armand de la asociación, diferenciándola de la organización. Veíamos en lo primero la libre voluntad del individuo para unirse con otro o con otros, para llevar a efecto algo determinado. Partiendo de la libre elección, partiendo del libre examen, jamás buscando, por la ley del número, aplas-

tar la mayoría a la minoría, como en el usual procedimiento de la organización.

Suscitaban vivos comentarios sus teorías relativas a la « camaradería amorosa ». Por lo menos, veíamos en ella la noble propensión a combatir la celosía. Los celos, que tantos males han producido y producen a la humanidad.

Por todas estas ideas y por su vivaz inquietud espiritual, no siéndole nada ajeno en aquello que afectaba a la cultura, captando siempre las novedades si en ellas había fermento de libertad, amábamos lo que nos decía Armand.

Cuando, entre los años 1934-1936 se me encargó de dirigir el periódico anarquista-individualista « Al Margen » que se publicó en Alicante, y posteriormente en Barcelona, por iniciativa de unos cuantos compañeros; Armand fué uno que nos favoreció con sus valiosos consejos de hombre experimentado en las labores de propaganda.

Ha pasado buen número de años tras de aquella etapa juvenil de Barcelona. De aquel conjunto de jóvenes, amigos de los libros y decididos en la lucha social, posiblemente quedamos ya pocos. Unos murieron, las armas en la mano, luchando contra el fascismo franquista; otros dejaron la vida en cárceles y campos de concentración. Algunos, dispersos por el mundo, exilados, esperando volver un día a la tierra que nos vio nacer, vivimos como podemos...

Soy de los que conservan en la memoria el grato recuerdo de cuando por vez primera, a través de su prosa, ágil y persuasiva, íbamos captando las ideas de Armand.

Me ha parecido que al fijar en el papel de un libro, unos cuantos amigos y admiradores de Armand, un cariñoso homenaje al que fué, hasta el fin de sus días, tras una larga vida, pensador y escritor incansable y siempre al día, estas mis breves líneas pueden sumar otro testimonio de afecto y consideración a la estima y sincera admiración de los demás.

FONTAURA



IN MEMORIAM

Francisco Largo Caballero

Hace 17 años, a fines de marzo de 1946, moría Francisco Largo Caballero. En aquella ocasión Federica Montseny le dedicó el recuerdo que, por considerarlo muy documental, nos ha parecido indispensable su reproducción en las columnas de esta enciclopedia que ya supone ser la colección CENIT.

CUANDO escribo estas líneas, Francisco Largo Caballero ha entrado en período agónico. Después de una lucha silenciosa y tenaz con la muerte, los médicos se declaran impotentes para salvarle. No cabe más que esperar, resignadamente, un fin irremediable.

Cierro los ojos, y veo su cabeza voluntariosa, sus ojos grises, acerados, irónicos, su sonrisa maliciosa, en la que se expresaban los rasgos dominantes de ese carácter a la vez cordial, afectuoso y duro.

Me separan de Caballero discrepancias ideales considerables. Nos hemos visto, como organización y como movimiento, muchas veces con él enfrentados. Sin embargo, he sentido personalmente por él mucha estima, respeto y cariño sinceros.

Era un hombre difícilmente asequible, que establecía distancias no fácilmente salvables. A pesar de todo, las circunstancias hicieron que pudiera ver en él al hombre recto, capaz de actitudes decididas, de temple y de entereza; que, a través de terribles momentos de prueba, naciese entre nosotros un sentimiento recíproco de amistad y afecto.

Siento profunda pena al saber su muerte próxima. Lo contemplé muchas veces como a mi padre, recordándome la propia figura del mío, adversario político de Caballero durante largos años, conservándose, no obstante, los dos estima personal, cada uno situado en distinta posición táctica y teórica. Jamás Largo Caballero olvidó preguntarme por Urales, sonriendo al evocar los días de sus luchas en Madrid, ya tan lejanas que para los dos constituían efemérides retrospectivas. Los dos formaban parte de la misma generación. Los dos tenían el mismo temple y habían sido educados por la misma repercusión del fin de siglo, tan rico nacional e internacionalmente en hombres y en ideas.

Conoci a Caballero en el mes de septiembre de 1936, cuando, todavía secretario de la U. G. T., le visité formando parte de una delegación de la C. N. T. Eran días difíciles aquéllos, momentos vitales para la Historia de España. En nuestro Mo-

vimiento se debatía la cuestión fundamental, primordial, planteada por el propio hecho de la revolución: ¿Qué hacer para dar más eficacia a nuestra acción, para poder llevar hasta más lejos la obra iniciada por el Pueblo, para evitar el estrangulamiento de la revolución comenzada?

Fuimos a proponer a Largo Caballero, como secretario de la U. G. T., la constitución de un Consejo Nacional de Defensa, que fuese la ampliación nacional del Comité de Milicias Antifascistas que funcionaba en Cataluña y que, de hecho, asumía toda la dirección política, militar y económica contra el fascismo. Tajante, Caballero nos interrumpió:

— No. Yo estoy dispuesto a ponerme de acuerdo con ustedes para ir a la formación de un Gobierno con mayoría obrera. Eso, que reduciría al Gobierno central a la situación de Companys y la Generalidad, no lo aceptaré jamás. Yo no soy Companys.

No era Companys, ni todavía era jefe del Gobierno. Pero sabía que iba a serlo y hablaba ya como presidente.

La primera impresión no fué grata. Sin embargo, preferí su ruda franqueza, su estilo claro y brutal, a las melosidades equívocas y a los maquiavelismos de los otros. No era Companys. El estilo de Caballero, su tónica dominante, fueron siempre otros.

Volvi a verlo en noviembre de 1936, al presentarnos a tomar posesión de los cargos de ministro los que habíamos sido designados por la Confederación Nacional del Trabajo.

Caballero era hostil a la intervención de la mujer en las luchas políticas y sociales. Sé que me miraba con prevención, con animosidad mal disfrazada por su corrección de hombre bien educado. Sabía que era hija de Urales y le divertía verme miembro de un Gobierno por él presidido. Poco a poco, sin embargo, sentí modificarse su reserva. Se mostraba cordial conmigo y, a pesar de su concepción unipersonal del Poder, me toleraba toda clase de autonomías y de genialidades libertarias. Me llamó muchas veces al orden con tono paternal, dándome consejos, que yo escuchaba con mucho respeto, aunque no los siguiese. En momentos difíciles, encontré en él lo que yo más admiro y aprecio en los hombres: hombría, lealtad y carácter. Así, en la lucha entablada con los representantes soviéticos en España, manteniendo la independencia del Gobierno ante toda intervención y ante toda tutela; cuando cayó su hijo en manos del franquismo, y en la cuestión de los sucesos de mayo, frente a los que reaccionó con clara comprensión del problema y con entereza, prefiriendo caer a mancharse con una felonía.

Mi tercer encuentro histórico con Caballero marca también una etapa decisiva en su vida y en la mía.

Llegó él a la cárcel de Limoges, procedente de la de Aubusson, un día antes de que llegase yo a la misma, transferida desde la Maison d'Arrêt de Périgueux. Al tomarme la filiación, el director me dijo :

— Tenemos ya otro personalidad política española en el establecimiento. Ayer entró en esta cárcel el señor Largo Caballero.

Me afectó mucho la noticia. Companys ya había sido fusilado en Barcelona, y temí constantemente que Caballero fuese conducido, sin trámite judicial alguno, a la frontera española y entregado a la Policía franquista. Mi situación no era mucho más halagüeña. Detenida el 21 de octubre de 1941 y llevada a la cárcel de Périgueux, nada sabía de mi compañero, detenido junto conmigo, de mi padre ni de mis hijos desde hacía muchos días, ignorando cuál sería el fin del proceso iniciado y cuál sería mi propio fin, si la demanda de extradición presentada contra mí, como contra Caballero, prosperaba.

Sin embargo, Maître Charlet, mi abogado de Limoges, se asombraba de que mi preocupación mayor fuese la situación de Caballero y las consecuencias que para él podía tener la demanda de extradición. ¡Pobre Caballero! Cuando le vi aparecer a través de los barrotes de la puerta de hierro que cerraba la parte de la cárcel de Limoges destinada a los hombres, enflaquecido, viejo ya, arrastrando una pierna, me produjo una impresión hondísima. Un sentimiento de piedad filial, de ternura conmovida, me lanzó hacia él, como hubiera hecho con mi propio padre.

El trato que la Policía de Vichy le había dado era brutal e indignante. En la cárcel de Aubusson le hicieron dormir desnudo, quitándole hasta los calzoncillos, sobre las piedras húmedas del calabozo, después de haberle tenido más de dos meses secuestrado y completamente incomunicado.

Juntos recorrimos por cuatro veces, encuadrados entre gendarmes, el espacio que separa la cárcel del Palacio de Justicia de Limoges. Juntos vivimos idénticos instantes de esperanza y de angustia. Y ¡cosa curiosa!, Caballero tenía mucha más confianza que yo en el buen fin de su proceso. Mis abogados, Maître Pernot y Charlet, me habían dicho :

— El presidente de la Cour d'Appel ha aconsejado a los abogados de Caballero y a nosotros, hacer pasar el caso de usted antes que el del Presidente. Si conseguimos que la demanda de extradición de usted obtenga un « No ha lugar », el precedente salvará a Caballero, a pesar de que Pétain se ha comprometido personalmente a entregarlo a Franco.

Mi caso era más sencillo. Me encontraba en avanzado estado de embarazo; era una mujer, acogida, en circunstancias desgraciadas, a la caballería de Francia. Les fué fácil a los abogados obtener el « Non lieu » deseado a la demanda de extradición. Sentado el precedente, la demanda de Caballero fué rechazada.

Cuando salimos de la sesión de la Cour en que se nos comunicó el veredicto, yo le dije a Caballero:

— Hemos salido bien de manos de la Magistratura. Ahora veremos cómo saldremos de las garras de la Policía.

Caballero estaba optimista, y dijo a sus hijas que le esperasen a la puerta de la cárcel, que recogería sus cosas y saldría inmediatamente.

Salimos, sí, pero acompañados de la Policía : yo, para ser confinada en un pueblo de la Dordogne, y él para ser confinado primero en Val les Bains, entregado después a la Gestapo y llevado de cárcel en cárcel hasta el campo de Oranienburg, en Alemania.

Le vi por última vez en París, de regreso del largo cautiverio a que le sometieron los nazis. Le encontré animado, joven todavía moralmente. Estuvimos charlando mucho tiempo, contándome con animación y con toda clase de detalles todas sus andanzas desde el día que nos separamos en la cárcel de Limoges hasta aquel instante.

Sobrevivió a los espantosos sufrimientos vividos durante cuatro años. Pero todo aquello quebrantó tanto su vieja salud, que el roble, corroído internamente, se ha desgajado. Dos operaciones, una tras otra, no han podido salvarle.

..

¿Puedo yo juzgar a Caballero? No pueden ser estas breves líneas un juicio sobre el hombre, tan discutido; sobre su obra, como político, como estadista, como hombre de organización. Sería prematuro y fatalmente parcial.

Además, no quiero ni puedo hacerlo. He encontrado hombres en el curso de mi existencia ante los que he estado idealmente enfrentada, pero a los que he estimado por condiciones personales, que un sentimiento de justicia fuertemente desarrollado en mí me obligaba a reconocer y a admirar. Caballero ha sido uno.

Muerto ya seguramente cuando estas líneas vean la luz pública, es para mí doblemente sagrado, incorporado por derecho propio a la Historia de España y a uno de los periodos más ricos y agitados.

No fué un hombre vulgar. Había en él, en su mirada aguda, en su espíritu observador, en su inteligencia, en su mentalidad sólida de hombre salido del Pueblo, atisbos de gran pensamiento, visión de conjunto del terrible drama de España. Cometió errores; los hubiera cometido nuevamente. En el seno de su propio Partido — en el que muerto Pablo Iglesias, no hay ni ha habido figura central de jefe único — era discutido, combatido y estimado por la propia complejidad de su carácter y por las múltiples facetas de su vida.

Y así, tal como fué, mirado en bloque, agrandado por la distancia y por la muerte, formando parte del pasado vivo de un país rico en hombres rectos, me inclino ante sus despojos y siento la emoción entrañable de este postrer despidio.

¡Salud, Caballero! Te vas cargado de frutos raros de la vida, con el alma repleta de emociones, en la retina la visión múltiple de imágenes innumerables. Sé que habrás tenido entereza también en este

SOBRE POLITICA

UNA parte del vulgo ignorante atribuye en estos últimos tiempos, una importancia a la política mucho mayor que la que tiene en realidad, hasta el extremo de interpretar en ella la causa única o esencial de todos los fenómenos sociales. Antiguamente eran la magia y la divinidad quienes ocupaban este puesto, las guerras, las revoluciones, las pestes, la miseria o la prosperidad, etc., todo era atribuido a la voluntad de un poder divino o de una fuerza oculta, incluso los fenómenos físicos y astronómicos eran atribuidos de la misma manera a la dicha voluntad o fuerza. La literatura contribuía a solidificar estas creencias. Fue necesaria una nueva literatura a la que Cervantes aportó una contribución caudalosa y un renacimiento de las ciencias a las que Bacon le dio forma y empuje para poder extirpar de una forma positiva las creencias metafísicas tan arraigadas en el seno del pueblo en general de aquellos tiempos.

Hoy ya pocos son los que creen que las convulsiones sociales y los fenómenos físicos dependen de una fuerza divina u oculta, todo el mundo sabe que la ocultación de astros es debida a la revolución de los cuerpos celestes, que las pestes tienen por causa la propagación de bacterias morbosas. A cada fenómeno de la naturaleza se le busca su causa natural, por eso están los sabios, con sus laboratorios y academias.

Pero en lo que respecta a la sociología la cuestión cambia radicalmente, los fenómenos sociales si bien no son ya atribuidos a una voluntad divina, son, sin embargo, atribuidos a la voluntad de una fuerza superior que es la política: lo cual no deja de ser artificial y erróneo.

No negaremos que la política tenga cierta influencia en los fenómenos sociales, pero se ha exa-

último y definitivo trance. Sé que habrás mirado cara a cara a la muerte, con tus ojos grises, con tu frente obstinada, con la vaga sonrisa de tu boca hermética. Vencedor de ella, porque ha llegado cuando tú la habías vencido en las largas e indecibles estancias de un gigantesco calvario, en el que te confundiste y del que te salvó tu voluntad indomable de lucha y de vida. Aunque hayas caído ahora, gloriosamente cansado en el cruento combate, gladiador rendido al que el corazón le falla sobre el vencido adversario.

¡Salud, Caballero! Que la tierra sea leve sobre tu cuerpo; que tu recuerdo se incorpore eternamente al patrimonio común que constituye el pasado de los pueblos.

FEDERICA MONTSENY

gerado tanto en este sentido que no podemos menos que alarmarnos.

No vale la pena de discutir cuestiones que no pueden ser resueltas por la discusión. No vayamos a imitar al pleito de los universales, que se llevaron varios siglos en discutir si existían o no las ideas generales y el problema está todavía sin resolver.

Se trata de desprendernos de los prejuicios metafísicos estudiando los fenómenos sociales como las cosas de la naturaleza con los métodos que le sean propios siguiendo las indicaciones del creador de la sociología moderna Augusto Comte y apoyándonos en los estudios llevados a cabo por nuestros maestros anarquistas.

Intervenir o no intervenir en la política es una cuestión que no interesa a los anarquistas, es un problema que no se le puede plantear en ningún momento ni en ningún lugar, puesto que la base fundamental de su programa de acción, está al margen y contra ella. Entendiendo desde luego que política significa gobernar, o sea, oprimir a los pueblos.

Los anarquistas se interesan en mejorar la vida de los hombres en el seno de la sociedad, lo cual obliga a interesarse del mejoramiento de la sociedad. La sociedad humana se desenvuelve, influenciada en parte por la política. Según sea el grado de represión de un Estado o de un gobierno, será también el grado de libertad que disfrutará los individuos supeditados a ese estado. Claro está, los anarquistas no pueden desinteresarse de la política, como no pueden desinteresarse de los demás factores que influyen en la vida de la sociedad, como el capitalismo y la religión. Pero esto no implica que los anarquistas tengan que convertirse en gobernantes como tampoco tienen que convertirse en capitalistas ni en sacerdotes de las diferentes sectas religiosas con el pretexto de que desde arriba sirvan para endulzar, para moderar la opresión, la explotación y la tiranía intelectual de la religión.

En miras a la política, los anarquistas pelean para hacerla desaparecer, emplazados en la misma posición que lo hacen para hacer desaparecer el capitalismo y la religión, que es el seno mismo de la sociedad, en las entrañas mismas del pueblo.

El campo de lucha de los anarquistas es: Frente a la política; organización de la resistencia de los oprimidos; frente al capitalismo; organización de la economía de los explotados y frente a la religión, la vulgarización del saber. Estas tres ramas de actividad, forman la revolución social, la cual se lleva a cabo, única y exclusivamente, por el espíritu anarquista al margen y contra la política.

J. CAPDEVILA

EL UNIVERSO DE ALAIZ (1)

EN efecto, ni el genio, ni la profundidad de pensamiento, ni la envergadura de su crítica, ni la reciedumbre y alcance de su proyección social pueden verse si no se recopila su obra entera, si no se hace un esfuerzo para que en apretada escritura podamos repasar la buena dicción, el gran verbo, la templada pluma, templada y valiente, del incomparable compañero, fecundo escritor, Felipe Alaiz.

La tarea emprendida por « Los Amigos de Alaiz » es inmensa, inmensidad que lejos de arredrar voluntades, deberá aunarlas. La importancia de la empresa justifica todo esfuerzo. La obra completa de Alaiz debe poderse disponer y recopilada en tantos libros como sea necesario. Novedad para los españoles, cosa ya añeja para otros núcleos de trabajadores. Los compañeros editores nos dicen que después de « Quinet » y del tomo I de « Tipos Españoles » tienen dos o tres tomos más en perspectiva. En el archivo del Ariège confederal tenemos registrados de Felipe más de 350 artículos de prensa que suponen cinco o seis tomos más del tamaño elegido para sus obras.

No hay más que repasar algunos títulos de los mencionados artículos para darse cuenta de que es un aporte de gran valor, no solamente como crónica de una época sino como crítica social sólida y honrada : « Episodios de la subasta de España », « El diablo burlado », « Genios por decreto », « Hungría en el crisol », « Mundo juvenil », « Minoría dolariana », « Quedarse con todo », « Revolución triangular », « Regateo y demolición », « Unica esperanza », etc., etc., dan idea del vasto campo que abarcó su pluma.

« Quinet », escrito en sus primeros tiempos, es la muestra, es la piedra indelible e indelible de lo que habría de ser su jamás abandonada línea de conducta y fuerte don de apreciación. Sus juicios, cual balazos de grueso calibre, penetran y destrozan la ponzoña de cada quisque, real o ficticio, como si en el mundo todo fuese de cartón mojado.

Por boca de Quinet, Alaiz forma al hombre con unas observaciones fruto de su propia experiencia, que siendo de gran utilidad para los mayores de edad conllevan enseñanzas de primer orden para uso de los que como el protagonista son aún adolescentes, para uso de los que « han nacido la segunda vez que nacen algunos hombres en la juventud, cuando la catarata de la voluntad es una buena nueva de poderío y la pasión se manifiesta en sus primicias ». Quinet, por naturaleza, aborrece los textos, los aborrece pero no por indife-

rencia ni desdén, sino tras análisis, convencido de su inutilidad. El trabajo es su dios, por ese motivo dice que « El Derecho es carrera que puede terminarse haciendo como que se estudia veinte minutos diarios durante los últimos dos meses del curso o sacrificando una quincena de noches al año ». « Hay que emplear menos tiempo para ser abogado que para ser cerrajero ». La plaza de privilegiado que ocupa el primero no habrá de atribuirse más que a la preferencia de las gentes en poner en sitios vistosos y limpios los objetos de lujo inservibles.

De elevada expresión y concepción anárquica, Alaiz niega la autoridad, no solamente militar y eclesiástica, sino también civil. La niega en la función menos autoritaria del Estado : el alcalde. Siempre hay, dice, en la Ciudad Mudéjar, un tendero o letrado a quien tienen algunos por primer magistrado. ¡Qué razón tiene Alaiz! El alcalde no es alcalde del pueblo, lo es de algunos del pueblo. Cuántos entre los trabajadores hay que preconizan por ir al copo de las funciones municipales burguesas, no harían mal en analizar las deducciones a que llega Quinet observando las alcaldías. Dos cualidades, dice, son indispensables al futuro alcalde : sonrisa « municipal » — con que sea cardíaca ya tiene bastante — y deseos de entrevistarse con el rey. Esto y « no querer ver ninguna profundidad en el dolor español son las mejores virtudes alcaldesas. »

Es punzante pero no ha sido jamás ni grosero ni provocador. Alaiz habrá dado « cachetes », nunca coces. Para esto último también se necesitan cualidades. No da coces quien quiere, decía. Tenía en muy alto lugar la amistad. Las diferencias de Quinet con sus amigos no le impedían pasarse juntos toda una tarde sin dirigirse apenas la palabra. El silencio es también prueba de estima, estima atada al dolor. En el terreno de la amistad, desde luego, Alaiz toma sus precauciones.

En esto más que en cualquier otra cosa hay que ser comedido. Se educa al efecto en Multatuli. En cada genovés, reproduce Alaiz de Multatuli, hay, según dicen los italianos, siete judíos, y que si se tiene un amigo en Génova sale éste a la estación y muy amablemente enseña al viajero el humo que sale por la chimenea de su casa, sin llegar a más su hospitalidad. » Y concluye :

« Conviene que supongamos en cada amigo un genovés, aunque no lo sea. » Mas, cree en la amistad profundamente, aunque sólo llegue a ser profunda a fuer de pulir y elegir. Ved si no, el ambiente amistoso que se respira en casa de Elcina. « Iremos al « Ideal Corinto » sólo una vez, y ya conoces a todos los trasnochadores. Luego verás a los que se levantan temprano, y te presentaré a mis amigos, sin olvidar a los que quisieran serlo y llevan unas sortijas fantásticas y sólo sien-

(1) Tomo primero de las Obras de Alaiz. Precio 5,00 francos. Pedidos a nuestros Servicios de Librería.

— « Tipos Españoles », ídem.

ten no tener cuatro manos para cubrirlas de solitarios y sellos con iniciales. »

Ni la amistad ni el amor, dice, están reñidos con la disputa. Puede uno estimar a otro y amarle sin dejar de disputarse. Es más, de Salustio, su vecino, dice : « A los diez minutos ya seréis amigos, pero te advierto que dejaréis de serlo en el preciso momento en que dejes de llevarle la contraria. » No hace, sin embargo, de la disputa un sistema. Alude a ella por los que acogen la disputa cual motivo anecdótico; cual alimento barato de su mal genio. Pero si hay un enemigo de los cuentos de miedo, de las tragedias y del sentimentalismo, ése es Alaiz. Nos lo dice refiriéndose a « Quinet » : « La obra que encanta a un partidario de hechos ha de contener estos ingredientes : higadillo de burgués, esqueletos de monja, mandíbulas de obispo, lágrimas proletarias, y engrudo y balduque de folletín; todo ello con salsa mística y redentorista y en ese estilo de cemento armado que usan los economistas de Estado cuando cuentan las patatas disponibles y los hombres sacrificables. »

El lector que busque estos ingredientes, que no lea a Alaiz. Que no lo lea tampoco el que busque enredos, adulaciones u horrores.

Casi toda novela conlleva enredos de alcoba, hay plumíferos que aun cuando se dan tono de historiadores no pueden prescindir de detalles mil, falsos todos, acaecidos en un cuarto de hora de canapé. Advierte, no obstante, para el lector que « hay amor de loba, de vampiresa, de esfinge, de comadreja, de serpiente, de leona, de tórtolo herida o por herir, de pantera y de cotorra »; se tiene en cuenta si es camarera, burguesa, obrera o ricahembra; se le agrega algún tapadillo, medias de seda y el tonto o el listo de rigor, montado con la estupidez del autor y sostenido por la del lector y, dice Alaiz, « ya tenemos reunidos los mate-

riales de todos los temas desarrollados por los novelistas. »

Nada de lo dicho tiene que ver con el amor. Los hombres verdaderamente enamorados, dice recordando a un poeta, apenas se atreven a descubrir su amor cuando se atreven a amar. » Cuando piensa en la mujer, Alaiz suele añadir que « el amor es péfido y envolvente, y cuando no, tonto. » Se ríe del platónico amor, mezcla de pereza e impotencia, y de ahí que Lecina diga al muchacho : « Conocerás el Museo y mi observatorio — un observatorio que yo he ido nutriendo heroicamente — y, por fin, conocerás una estanquera muy guapa. »

Quinet ya deduce que « el amor imposible es el más agradable de todos. » Lecina lo comprende y le replica : « Eres un español que quieres ganar el amor como se gana a la lotería. »

El idilio que se urde con la « sin par Julieta » es aleccionador, sobre todo el desenlace primero. Se enamoran Quinet y Julieta. Esta quiere poner a prueba de acero el amor del muchacho. Cuando ya habían pronosticado y vislumbrado una vida feliz y en común, la pícara le advierte que antes de decidirse a lo último debe revelar un secreto. Habla, le dice él. Tengo un hijo, le contesta ella. Se separaron. Sin embargo era mentira. Ella era una muchacha sin par. El un hombre sin formación, crédulo con la falsa educación a cuestras, cuya parte opuesta para él es servilismo, decadencia. Todo lo más, « el amor es una cosa distinta para cada ser. » El suyo era así. Por lo menos en aquel instante, pues que la declaración de madre le provocó una revolución en sus conceptos. Hasta casi se llega a casar con otra señora que escribía novelas. No se decidió porque pensó que la novelista podría tardar en morir. »

M. C.

(Continuará).

Entre arrancapinos

PEPE : ¿Sabéis lo que le han dicho a Basilio?

LAURO : ¿Qué le han dicho?

PEPE : Ha sido llamado por el alcalde y le ha reprochado ciertas manifestaciones de tipo social, para terminar amenazándole que de continuar con esa lengua, sería desterrado desterrado.

LAURO : Esta es la eterna historia del lobo y el cordero. Ahora recuerdo que el negrico Richard Wright relata en « Los hijos del tío Tom » que en América también hacían lo mismo con los negricos.

MANOLICA : Los alcaldes son así y cada época encuentra sus negricos.

PEPE : Estas cosas me ponen negro.

LAURO : Habría para ponerlos verdes.

MANOLICA : En todo caso a mi se me enciende la sangre.

Tríptico de Stefan Zweig

Noche del 22-23 de febrero, en el aniversario de su muerte

La obra de Stefan Zweig está constituida, cual un tríptico, por tres series de trabajos que corresponden a sus grandes dones creadores, a su compenetración con los héroes del pensamiento y la acción humanos, a su incomparable intuición de las almas que investiga con firme lucidez y con esa comprensión de su destino, que se torna finalmente amor y compasión.

El tríptico de la pasión creadora de Stefan Zweig se nos aparece como los tres costados de una pirámide, que se juntan en la cúspide de un ideal de arte y también de conocimiento, de crítica y también de síntesis armoniosa del bien y de la verdad.

La primera parte de su obra consiste en la imponente galería de retratos literarios, psicológicos y morales — retratos que rebasan los marcos convencionales de este género — y que descienden entre nosotros: gigantes de esa imperecedera **Comedia humana** vivida, como vencedores o vencidos, como solitarios en su universo ético o metafísico, como aventureros en la selva de los odios y vanidades temporarios, por Balzac, Dickens, Dostoievski..., Stendhal, Casanova, Tolstoi..., Nietzsche, Kleist, Holderlin (reunidos en « Constructores del mundo »), Mesmer, Mary Baker-Eddy, Freud (« Curación por el espíritu »), Marcelina Desbordes-Valmore, Verhaeren, Romain Rolland y otros, célebres u olvidados...

El segundo lado del tríptico abarca figuras históricas: María Antonieta, María Estuardo, cuyo trágico destino representa una época, un país, una encrucijada de su siglo; — figuras políticas, singulares por su alma y su mente inextricables, por el « satanismo » de su actuación, como José Fouché, convertido en símbolo de esos períodos de la vida social en los que la Revolución está luchando con la Reacción y, muy a menudo se confunde con la misma — figuras de grandes viajeros, como Américo Vespucio y Magallanes, el primero que dió la vuelta al planeta, abriendo así una nueva ruta al progreso de la humanidad; — figuras colectivas, a la vez hombres y países, como « El mundo de ayer » y « Brasil, país de porvenir », tan maravillosamente evocado e interpretado — figuras de eruditos, como Erasmo de Rotterdam y Castello, humanistas del Renacimiento y la Reforma, que enfrentaron con su potencia intelectual y ética la ignominia y la crueldad de las fuerzas desencadenadas por los políticos, los fanáticos y los guerreros.

La tercera parte, compuesta de poemas, cuentos, leyendas, « momentos estelares » y, sobre todo, de relatos recopilados en « Calidoscopio » y « La ca-

dena », finaliza la pirámide de la creación literaria de Stefan Zweig. No como un muro macizo, sino como una roseta minuciosamente cincelada o como un conjunto de cristales a través de los cuales se vislumbran todos los latidos del corazón y el correr de la sangre, todos los secretos psíquicos y los « procesos de conciencia » del hombre de varias latitudes geográficas, sociales y espirituales: « Amok », « Noche fantástica », « El miedo », « Carta a una desconocida », « Veinticuatro horas de la vida de una mujer », « Sentidos extraviados », « El candelabro enterrado »... Estos son algunos títulos de los relatos conmovedores de Stefan Zweig, el « cazador de almas », cuyo nombre está colocado al lado de los grandes novelistas modernos. Pues, cultivando con toda perseverancia y maestría la narración, el cuento y la leyenda, él es en el fondo un novelista que ha condensado, cristalizado, sintetizado en cada una de estas breves obras el material vivo de una novela extensa. Los personajes secundarios están envueltos en la sombra o la luz del héroe central que es, a su vez, todo un mundo en « devenir », con sus luchas interiores, su crecimiento o disgregación. Sus relatos no son esbozos de novelas, sino frutos madurados en el conjunto viviente del árbol. Y es verdad que las mejores novelas de la literatura universal son frondosas y susurrantes como árboles, con raíces hundidas en realidades telúricas y el tronco firme, erguido, con su corona ramificada hacia mundos más altos, superterrestres.

« Impaciencia del Corazón », la primera y última novela amplia se publicó en 1939, cuando Stefan Zweig tuvo que abandonar Salzburgo, dominado por los nazis y emprender su largo vagar por Francia, Bélgica, Inglaterra y las Américas. Esta novela es una prueba más de las dotes del cuentista y poeta, del retratista y dramaturgo, del psicólogo y crítico. ¿Acaso el autor, por un capricho de « favorito » de la vida y las artes, quiso comprobar que podía escribir también una novela? De todos modos, ha puesto de manifiesto, por todas sus obras, que podía superarse, ya que no estaba preso de ninguna fórmula o escuela literaria.

Para nosotros, « Impaciencia del Corazón » no es un mero relato más extenso, con cuadros y acciones convergentes, con « tipos pintorescos », con incursiones en los dominios sociales y, particularmente en los reinos psicopatológicos, en los escondrijos semioscuros de la conciencia. Esta novela es una de las más patéticas confesiones, en la que el autor está hermanándose — pese a su vigilancia de artista — con Ilona, la parálitica, que se despoja a sí misma para descubrir y mostrar toda

La sicología y la conducta humana

De Schumann y Vatzlav Nijinsky a nuestros días

(Continuación)

En 1856 Roberto Schumann ingresó en la clínica del doctor Richard, cerca de Bonn, muriendo ese mismo año pensamos que en momentos conscientes, víctima de la nostalgia, de profunda y agudísima melancolía. Desde su primer frustrado suicidio habían transcurrido veintitrés años. Si no antes, al menos en la última década de su vida, pudo hacerse por este eximio músico lo que no comprendió, a tiempo, que podía intentar por sí mismo: influir en su voluntad y en su inteligencia para permanecer normal, cuando aún no tenía perturbadas y alteradas, como llegó a tenerlas casi completamente, sus funciones superiores.

Esposa, hijos y amigos pudieron, con ingenio y amor, procurando no soliviantarlo e irritarlo, suggestionarlo y persuadirlo de lo necesario que era alternar la creación musical con actividades recreativas, con periodos de descanso y diversión. Se trataba de evitar que el exceso de introspección dañara su mente, impedirlo, sin violencias, que se concentrara demasiado en sus pensamientos y en sus propias aflicciones que lo arrastraban a la desesperación, a la locura y a la muerte prematura.

Constatamos que cuando la fuerza de voluntad positiva racional y voluntaria falta a ve-

su verdad... La verdad de esa lastimera y sin embargo sublime « conciliación humana » que — para Stefan Zweig — llega a su expresión suprema, mediante la compasión. No aquella débil, pasiva o impaciente, que no aguenta hasta el final — sino la compasión activa, perseverante, que sabe lo que quiere, compartiendo los sufrimientos de los semejantes y « entregando todo, hasta el último agotamiento de sus propias fuerzas, y aun más allá... »

Y, a la luz reveladora de esta compasión, comprendemos cuánto padeció Stefan Zweig en su exilio sudamericano durante la segunda guerra mundial, y cuán hondamente sintió él mismo el drama planetario de la humanidad extraviada — enferma, y, no obstante, apasionada, mórbida, como la muchacha paralítica de su novela. Comprendemos también porqué, igual que ella, se quitó la vida junto con su segunda esposa, cuando todas sus creencias y aspiraciones idealistas fueron aniquiladas en 1942, pulverizadas en el huracán de la locura sangrienta que azotaba a los pueblos, arruinaba países y continentes... ¿Qué contaba entonces un individuo, pese a sus grandes méritos culturales y humanistas y pese a toda su lúcida, tenaz y universal compasión?

EUGEN RELGIS

ces en genios propensos a padecer perturbaciones nerviosas, si mientras tienen intactas sus facultades no cuentan con familiares y amigos que los amen, y advirtiéndoles el peligro que corren se las arreglen, sabiamente, para que no se agoten, acababan sufriendo las terribles consecuencias precipitadas. Y la Humanidad pierde una más larga aportación de sus obras o de sus conocimientos que madurarían y superarían con el tiempo.

Roberto Schumann, como Vatzlav Nijinsky — del que vamos a hablar — e innumerables seres humanos acabaron sus días en llamadas casas de salud, en las que no la encontraron ni la encuentran muchos sujetos que podrían recuperarla en sus propios lugares. Tarea difícil, pero factible.

Consideramos que Vatzlav Nijinsky también pudo salvarse como se han salvado, porque quisieron, recientemente, tres casos de esquizofrenia de los que hablaremos más adelante.

Nijinsky fue el más sobresaliente bailarín del « ballet » imperial ruso. Su ejemplo lo exponemos, previamente, para contrastarlo con los que acabamos de aludir que sufrieron la misma enfermedad mental. Es uno de los más célebres esquizofrénicos que ha conocido la humanidad que consideramos pudieron salvarlo los que lo rodeaban o salvarse por su propio esfuerzo antes de perder el dominio de sí mismo. Intentaremos justificar y probar las afirmaciones que acabamos de hacer.

El más exuberante y extraordinario bailarín de todos los tiempos, el máximo exponente mundial de la técnica y de la danza clásica absorbido y obsesionado anormalmente por descubrir la verdad en el arte y en la vida para interpretarla en sus danzas descuidó, por completo, lamentablemente, su salud mental y psíquica. Este comportamiento agotador de Nijinsky reclamaba ser estudiado y atendido para evitar que el trabajo excesivo y la ansiedad creciente de superación y perfección artística llegara a angustiarlo y a desequilibrarlo peligrosamente.

Nijinsky hacía continuas innovaciones, se renovaba febrilmente, no cesaba de realizar nuevas concepciones artísticas personificando el ideal de la belleza, depurándolo más y más, gracias a su asombrosa vitalidad, a su extraordinaria inspiración e intuición creadora y a su grandiosa capacidad de síntesis estética. Pero su caudal de energías corporales y nerviosas no eran inagotables, y cometió el error de medir sus fuerzas para poder prolongar su actividad artística y su propia vida. En el mundo del arte hizo, en corto tiempo, lo que exigía un plazo más largo pese a estar extraordinariamente bien dotado para la danza.

De nuestra incipiente adolescencia — del que escribe y de los de su tiempo — que transcurrió en Barcelona (España) recordamos cuanto habló la

prensa relatando sus impresiones sobre el grandioso éxito de Nijinsky al bailar en Madrid con su genio y estilo inimitable. Y fué entonces, precisamente, en la capital de España, donde el mismo Vatlav Nijinsky sintió y expresó la necesidad de consultar a un especialista. Sus más cercanos seres queridos, en el curso de los años, habían constatado que estaba padeciendo perturbaciones emocionales y mentales, ansiedades y angustias mil sin haber dejado de bailar, de asombrar y entusiasmar con su arte excelso a los públicos de todo el mundo.

¡Qué pena que cuantas personas lo querían y por él eran queridas, que podían, por lo tanto, influir en su modo de ser no lo hicieran reposar lo preciso a su salud con diversos pretextos y vencerlo, unos diez años antes de ser internado, que acudiera al tratamiento psiquiátrico! De haberlo intentado y logrado Vatlav Nijinsky no se hubiera perdido tan pronto y habría alcanzado, seguramente, más altos niveles, estéticos, psicológicos, sociales y humanos.

Cuantos rodeaban a Nijinsky sabían que desde hacía catorce años aproximadamente se volvía más y más taciturno, que hacía cosas raras y extravagantes, que iba entristeciéndose, perdiendo la alegría, y que cada día era menos capaz de mantener relaciones normales con sus semejantes. Llegó el instante en que no podía ni sabía alternar con otros o solo, por cualquier cosa. Dándose cuenta de lo que le sucedía se aislaba de amigos, de admiradores y hasta de sus propios familiares. ¡Y no cesaba de bailar! Pero después, en el hogar, en particular, aumentaban sus acciones extrañas, anormales y sus periodos melancólicos y de irritabilidad.

Evidentemente, a cuantos lo amaban les faltó valor humano para ayudarlo, con eficaz discreción a encauzar sus fuerzas de la forma más adecuada. No supieron prestarle la ayuda que necesitaba. Consideramos que lo dejaron casi abandonado a su suerte por un mal entendido respeto a la voluntad de Nijinsky ante el que, al parecer, se sentían empequeñecidos. Sin embargo asistían al derrumbe de la individualidad y de la personalidad de Nijinsky y a la pérdida de su salud mental. No llegaron a comprender que por encima de la inteligencia están la bondad, la solidaridad y el amor, y que en el hogar, cuando los afectos se corresponden, nadie es inferior a otro: mujer y hombre son iguales en el sentido de cumplir con el deber de velar y actuar por su mutua felicidad y bienestar. Cuando un miembro de la familia, por sufrir una enfermedad cualquiera, por equis causas ajenas a su voluntad, o por carecer de ésta, a consecuencia del mal que sufre, es incapaz de obrar bien y se hace daño, los demás componentes de la misma han de tomarse facultades superiores para — como en el caso de Nijinsky — ayudarlo, de uno u otro modo, a recuperar su conducta normal, a curarlo y evitar que su cuerpo y su mente se desquicien completamente.

Ciertamente, en el caso particular de Vatlav Nijinsky no bastaba que su amante y abnegada

esposa, por ejemplo, lo colmara de ternura y atenciones, sin plan curativo. A su vista, años y años, se fué apagando el genio, el juicio y la vida de Nijinsky sin saber nada positivo por él. Ojalá que estas lecciones no sean meras palabras que se las lleve el viento y sirvan para alentar a muchas familias y logren salvar a miembros del género humano sean o no genios.

En Nijinsky fué agrandándose y marcándose más y más profundamente el sello personal de lo patológico. Poco a poco perdía la razón, disminuyendo su capacidad de obrar cuerda y racionalmente. ¡Oh, dolor, comprobar que el que trató de inundar a la humanidad de exquisita belleza y sana alegría perdía ésta y pronto sucumbiría en las sombras, sin luz en la mente que tan vivaz y creadora fue!

Hoy recordamos que al leer, hace unos años, la biografía de Vatlav Nijinsky nos quedó la impresión de que acabó viviendo en un estado de sueño que le hizo perder el contacto con la realidad de la vida que tanto amó, embelleció y dignificó. Acabó aislándose de las realidades del mundo y del suyo: del arte. Dejándose arrastrar — como Schumann — por las fantasías de sus propios anhelos y sufrimientos se agravó hasta perder el dominio de sí mismo y quedar sin voluntad. La introversión y el egocentrismo, que caracterizan al esquizofrénico, se acentuaron en él extremadamente. Empeoraba, se acercaba su fin. No perdió la memoria, pero llegó el momento que ya no pudo bailar más. En este estado lastimoso su esposa lo llevó a Zurich (Suiza) donde lo entrevistaron, observaron y estudiaron, especialistas psiquiatras. Diagnosticaron, en seguida, que padecía esquizofrenia incurable.

En octubre de 1962, nos atrevemos a preguntar: ¿Existía aún alguna posibilidad de salvar a Nijinsky en el momento de ser internado en el manicomio del Estado de Suiza en el que pasó décadas? Consideramos que si de no haber sido señalado y tratado como enfermo mental incurable. Cuando lo internaron todavía reaccionaba, a menudo, con lucidez, y sobre todo conservaba la memoria. Pudo intentar su salvación.

No somos psicólogos ni psiquiatras, pero ansiando no se repitan casos como el Vatlav Nijinsky y otros, de acuerdo con las viejas y nuevas experiencias psiquiátricas, opinamos que no bastan unas horas, unos días y a veces ni semanas y meses para declarar incurable a un enfermo mental. El problema es delicado, porque el diagnóstico de incurabilidad condena al paciente a quedar aislado, o entre incurables, y a no recibir adecuado y metódico tratamiento psiquiátrico. Considerarlo caso perdido en el que no vala la pena emplear esfuerzos científicos y tiempo.

Desde la pérdida de Nijinsky han transcurrido más de cuarenta años y la Psicología, la Psiquiatría, la Psicoterapia y la Parapsicología — nueva ciencia de la que hablaremos más abajo — han hecho grandes progresos. Sin embargo ¿cómo no iban a cometerse errores si en el presente se cometen los mismos!

SALVACION DE TRES ESQUIZOFRENICOS (INCURABLES)

No exageramos. A continuación comentaremos los más recientes ejemplos ilustrativos al respecto.

A los pocos días de haber escrito y enviado a CENIT el artículo « el sexo, el hombre y la sociedad » — que se publicó en el número 138 de esta querida revista y en la prensa que apareció en México el 27 de abril próximo pasado, leímos el siguiente breve informe científico de los Estados Unidos que confirma cuanto expusimos en el precitado trabajo sobre las perturbaciones mentales y psíquicas en sujetos que de su voluntad, en particular, depende el poder eliminarlas. He aquí la interesante noticia que transcribimos íntegra :

« La Psiquiatría afronta el reto de tener que explicar cómo y porqué tres pacientes comenzaron a restablecerse de sus afecciones mentales precisamente cuando los psiquiatras habían perdido toda esperanza de poder devolverles la salud.

» Los tres casos se registraron en la sala de Psiquiatría de un hospital general. Dos hombres y una mujer estaban a merced de ataques esquizofrénicos, lo cual significa que no podían dominar sus propios actos de voluntad. A cada uno de ellos se le aplicó el tratamiento más completo y avanzado que se conoce, tanto en lo psíquico como en lo físico. Pero nada parecía surtir efecto. Ni siquiera las drogas tranquilizantes podían calmarlos por largo tiempo, porque les hacían experimentar reacciones nocivas a sus organismos.

» Los médicos estaban, en su mayoría, desesperados, y se sentían descorazonados, según ha dicho el doctor D. A. Schwartz, subdirector de Servicios de Salud Mental del condado de Los Angeles. Se creía que uno de los pacientes varones podría, en un momento dado, hacer daño a sus parientes o suicidarse y que tanto él como la mujer enferma eran seguros candidatos a un largo confinamiento en un hospital del Estado. Del otro paciente se tenía la impresión de que nunca se curaría del todo.

» Fué entonces, en ese mismo momento de desesperanza, cuando se produjo el fenómeno singular. Los pacientes empezaron a mejorar en forma constante, cuando lo lógico era que se hubiera producido un empeoramiento de su estado mental. Por lo general los enfermos que atraviesan circunstancias similares siempre tienden a agravarse.

» Sin saber cómo ni porqué — y eso tiene que descubrir ahora la Psiquiatría — los tres siguieron mejorando, hasta el punto en que el hombre y la mujer casi desahuciados ya no muestran síntomas de haber estado enfermos. El otro hombre se ha recobrado lo bastante como para poder convivir con los demás componentes de la sociedad donde habita. »

El doctor Schwartz, tiene una explicación para estos casos. Dice que « cuando los pacientes se dieron cuenta de que se había desvanecido la última esperanza de llegar a curarse por medio de la ayuda exterior, experimentaron la necesidad de recu-

rrir a su propio ego para evitar el desastre definitivo. Al no haber en los demás esperanzas de curarlos, tuvieron ellos que remitirse a sus propias fuerzas y recursos para tratar de hacerlo. Lo hicieron porque su ego encontró las fuerzas que requería para lograrlo. »

Fundamentalmente es la misma opinión que dimos nosotros, con más amplitud, al referirnos al homosexual de Londres, que se curó — como afirmamos, subrayándolo — porque **quiso dejar de serlo**. En los enfermos mentales norteamericanos como el paciente inglés, padeciendo distintos tipos de enfermedades nerviosas, reaccionaron sus respectivos pensamientos y sentimientos y dieron una respuesta lógica y humana, bien merecida, comprensiva y afectiva de agradecimiento, a sus propios médicos psiquiatras. En su nueva y repentina actitud reflejaron comprender su problema y resolvieron curarse. Pusieron de relieve que su ser psico-somático no estaba afectado, enfermo, irremediablemente y que cada uno siempre contó con suficientes fuerzas normales, conscientes, para obtener el resultado curativo y rehabilitatorio que deseaban los médicos. Sólo le faltaba descubrirlas y ponerlas en juego. Cuando esto hicieron los pacientes se salvaron de la grave situación que amenazaba sus vidas.

En presencia de estas experiencias psicológicas constatamos la suma importancia del buen trato y psicopedagógico o aplicación de la pedagogía terapéutica en la prevención y curación de los pacientes. Consideramos que al enfermo mental, de cualquier tipo — o en vías de ser un esquizofrénico, por ejemplo — tendrá que tratarse como tratamos al niño que lo ayudamos — sin que lo parezca, y es lo realmente delicado y difícil — a resolver un problema, sencillo o complicado, cuando observamos que está desalentado en extremo, a punto de abandonarlo con sentimiento de impotencia que trastorna y desequilibra. Es aconsejable la intervención « innotada » hasta el límite que vuelva a tener confianza en sus fuerzas y pueda él proseguir, y solucionarlo sin ayuda ajena. Además ha de estar convencido de que no es realmente un enfermo mental — y menos incurable — si no que sufre un desajuste emocional que le ha provocado un desequilibrio pasajero que podrá superarlo tanto más pronto cuanto con más voluntad se lo proponga.

En los momentos de más serenidad y lucidez mental de un paciente convendrá hablarle de los casos que se curaron, cuando quisieron, como asimismo de los que se resistieron a curarse. Se les pondrá de relieve, claramente, que por éstos nada pudo hacer la ciencia como impotente es la gente más bien intencionada del mundo para impedir que una persona se suicide, si quiere destruirse, por cerca que la tengan.

Durante pláticas « informales » a los pacientes se les podrá decir que algunos de los diversos y opuestos ejemplos precitados los tienen en películas. ¡Qué bueno que fueran en colores! Obvio es hablar de la conveniencia que las películas han de ser bien seleccionadas y estudiadas para los distintos tipos de pacientes como estudiado, asimilis-

mo el tiempo — las experiencias de las exhibiciones le irán señalando — conveniente de proyección para cada caso particular o grupo de casos similares con objeto de que cumplan la finalidad psicoterapéutica a la que se las destina, incluyendo las espontáneas explicaciones pertinentes completando la cabal comprensión de todas las escenas.

Comprobado que, en la mayoría de los casos, los enfermos mentales oponen una mayor o menor resistencia al tratamiento psiquiátrico, se les despertará la curiosidad por ver las películas, pero sin ofrecerlas hasta que ellos mismos pidan verlas, y al proyectarlas los relatos que se hagan sobre partes de las mismas tendrán que ser hechos como entre amigos, con natural familiaridad, en ambiente cordial que invite a los pacientes a hacer preguntas, espontáneamente, sin temor y sin doblez, que serán contestadas, muy llanamente, por los médicos.

En las sesiones de cine podrán alternar documentales sobre bellezas naturales, con música apropiada, y otras películas que ayuden a tranquilizar, serenar, alegrar y a equilibrar, en fin, a los pacientes. Para asistir a estas reuniones colectivas se estudiará qué sujetos necesitan, en aquel momento, por equis causas, drogas tranquilizantes para que no perturben mientras se forma el natural ambiente tranquilizador en el curso de las exhibiciones y de las explicaciones. En estas entrevistas informales, de preguntas y respuestas y reacciones psicológicas espontáneas, deteniendo la película en la parte comentada o que llamó la atención de uno o más pacientes, muchos nuevos datos psicológicos serán descubiertos que no se obtienen en las entrevistas formales, obligadas, demasiado mecánicas del paciente con el psiquiatra aislado en el consultorio.

Mencionamos el uso de drogas tranquilizantes o terapéuticas, pero al respecto consideramos que lo más tranquilizador para los pacientes es que piensen y sientan que no son tratados como enfermos mentales obligados a ver las películas y a escuchar las pláticas si no que asisten, voluntariamente, a sesiones que pidieron para distraerse e ilustrarse. Se trata de que vayan ejerciendo el dominio de sus actos de voluntad. En la pantalla verán desfilar y actuar a recientes y a viejas amistades de los médicos. Así considerarán éstos a los pacientes: como amigos y los espectadores enfermos se sentirán tratados, automáticamente, también, como tales, del mismo modo, sin necesidad de decirse los amigos los psiquiatras. ¡Cuán diferente era el trato que la mayoría de los pacientes recibían en sus hogares donde los hicieron enfermar irritándolos llamándolos dementes, etc.!

Notables efectos psicológicos curativos produci-

rán en los enfermos mentales — todo ojos y oídos — que los médicos recuerden momentos gratos que pasaron con los viejos amigos, hoy seres humanos completamente normales, anécdotas de los mismos presentes y ausentes con buen humor que provocó su hilaridad, no desmedida, y sean más o menos bien acogidas por todos. Lo importante es establecer una corriente afectiva, de mutua simpatía, sincera y permanente, entre médicos y pacientes que es fundamental para obtener buenos resultados en los tratamientos psiquiátricos individuales y colectivos. Lo esencial del lema psicoterapéutico ha de ser: curar con amor bien prodigado.

Los aspectos del precitado tratamiento psiquiátrico podría ayudar a completarlos, seguramente, la colaboración personal, bien planeada, de los expacientes — o de algunos de éstos — que aparecen en las películas aportando, por ejemplo, otras películas de su vida normal — tomadas por el servicio social o psicológico competente — en el hogar, en el trabajo, en las excursiones y diversiones, etc. Visitarían, oportunamente, a sus amigos los médicos y al mismo tiempo saludarían y animarían a los actuales enfermos mentales.

Aleccionados por los médicos los visitantes no se anticiparían a manifestar que son personas que aparecen en las películas que conservan en la clínica o en el hospital, pero los internados sí los reconocerán, y acabarán haciéndoles preguntas. Entonces, sólo entonces, se darán por identificados. Y los nuevos pacientes al interrogar a los que dejaron de serlo a todo y a todos contestarán corroborando — sin mencionarlos — cuanto les dicen sus mutuos amigos los médicos, los psicólogos y los psiquiatras que tan bien los tratan y quieren como bien les trataron a ellos cuando estuvieron ocupando el lugar de los visitados.

Cuando el enfermo mental adquiere conciencia de que la mayor parte de su desequilibrio se debe a él mismo, porque lo adquirió — voluntaria o involuntariamente — lo sostiene y puede agravarlo mucho adelantará en la recuperación de su salud. Admitirá, sin impactos psicológicos perturbadores, tranquila y cordialmente, como cosa natural y necesaria, la presencia y trato de los médicos psiquiatras considerándolos sus mejores amigos y consejeros. A éstos se confiará sin temor alguno pidiéndoles consejo y orientación, qué hacer en cualquier situación, y le alegrará tenerles cerca como testimonios de los éxitos que obtiene en su curación gracias a que quiere lograrlos con todas sus fuerzas.

FLOREAL OCANA

(Continuará.)

La demagogia es uno de los peores vicios de la corrupción política.

La demagogia es la máscara que el pillo y el rufián usan para atraerse falsamente las simpatías ajenas.

Los libertarios despreciamos la demagogia y sólo admitimos la verdad.

¿Para qué sirve el bagaje ideológico?

PODEMOS entendernos con Marx, socialista, que sabe lo que quiere y que no ignora lo que es el socialismo. Podemos marchar juntos en numerosas acciones comunes, y cuando estas no son posibles, por divergencias fundamentales de método, queda el recurso de la tolerancia y el respeto mutuo, sin lo cual no hay espíritu socialista.

Con quien nos es más difícil armonizar es con el marxismo, en cuyas filas Marx es el socialista más desconocido y menospreciado. Si viviese el autor de «El capital», donde más extraño y a disgusto estaría sería entre los denominados marxistas. Cualquier burócrata de segunda categoría tendría fuerza suficiente para desplazarle, y dispondría de los votos necesarios para anular su influencia o excomulgarle incluso por hereje. Con menos argumentos se declara facciosa la voluntad del pueblo.

El bagaje ideológico de Marx y Engels se ha perdido por el camino o se fue dejando en jirones de concesión en concesión a la burguesía y al aparato estatal. En la última década del siglo XIX nuestro gran Domela Nieuwenhuis, el primer parlamentario socialista de Holanda, después libertario en pensamiento y en métodos, proclamó elocuentemente el peligro de muerte en que se encontraba el socialismo. Su obra, «Le socialisme en danger», prologada por Reclus, no fue tenida en cuenta como advertencia amarga a los hermanos, que se separaban del pueblo, que negaban el socialismo para integrarse poco a poco al orden social burgués, a los intereses políticos nacionales e imperialistas de la burguesía, y a sus intereses económicos.

El bagaje espiritual del marxismo no tiene ya ninguna vinculación ideológica con Marx; es política realista, posibilista, oportunista. Del socialismo queda solamente la palabra, no su contenido. Y de ese abandono podrán felicitarse los usufructuarios de las migajas de poder y de privilegio obtenidas a tal precio, pero ningún socialista, por divergente que sea de Marx, puede sentirse contento, y menos que todos el socialista nato, que es el proletario, le pueblo laborioso.

El socialismo es nueva creación social, moral, económica, política. No es dominio y regencia del aparato político de la burguesía. No es vino nuevo en los odres viejos. Es transformación profunda de las relaciones sociales, es supresión de clases parasitarias, es abolición de privilegios, es igualdad y solidaridad.

Hay mil caminos para llegar a Roma y hay mil caminos para llegar al socialismo. Son socialistas auténticos Fourier y Owen, Marx y Bakunin, Anselmo Lorenzo y Pablo Iglesias, pero no lo son los que renuncian a la nueva creación social, los que ven en la conquista y el perfeccionamiento del Estado burgués la máxima expresión del socialismo,

los que posponen los intereses del trabajo y los del capital y el Estado.

Honda tristeza nos causa la abdicación del marxismo, como social-democracia o como bolchevismo, ante el pensamiento de Marx. El espectáculo reciente de Bélgica, de Francia, de Dinamarca, de España misma, no es alentador ni siquiera para los que hemos combatido y combatiremos el marxismo en lo que tiene de fuente de males que el socialismo entero rechaza como antiproletarios y antirevolucionarios. Un marxista destacado, Fritz Ebert, primer presidente de la República alemana, ha sabido acuñar esta frase característica: Odio la Revolución como la peste. Y fue otro marxista, Gustar Nosque, el que precedió a Hitler en la represión antiobrera y antirevolucionaria. Combatir y aplastar la revolución del pueblo en nombre del marxismo, como se ha hecho tan a menudo, es injuriar la memoria de Marx y es batallar directamente en favor del enemigo. ¿No está ahí la historia de los últimos veinte a treinta años? De Ebert y Noske se pasa sin gran trastorno a Hitler y Goering.

El socialismo es el evangelio de los desheredados, de los oprimidos, del pueblo que trabaja y que sufre. Ahora bien: ¿qué ha de pensar, qué ha de esperar ese pueblo, esos sin pan, sin techo y sin justicia cuando advierten como le van volviendo la espalda, no ya los transfugos individuales, sino también partidos y organizaciones que habían levantado en sus periodos de propaaganda y de proselitismo la bandera de la transformación económica y social?

Hasta en los propios ambientes libertarios tropezamos con una frase estereotipada de mal sabor: se dice y se repite que somos víctimas de nuestro bagaje ideológico, que ese bagaje es nuestra desdicha mayor, porque no nos consiente actitudes y ductilidades que podrían ser de algún provecho circunstancial.

La tesis es más peligrosa de lo que a simple vista cabe suponer. No es sólo un despropósito, no es sólo una afirmación majadera como la del marino que sostuviese que hay que arrojar la brújula por la borda para llegar a buen puerto. Implica un estado de ánimo como el del marxismo que se transformó en socialdemocracia y acabó por separarse de Marx en doctrina y en métodos, fundiéndose en cambio con la ideología de la burguesía dominante.

Corolario de esa actitud hostil respecto al propio bagaje ideológico es el menosprecio hacia nuestros teóricos del siglo XIX. Cualquiera de los nuevos profetas de las excelencias del cambio de casaca pronuncia los nombres de Bakunin, de Kropotkin, de Reclus, de Malatesta con un tonillo de manifiesta superioridad, de cierta misericordia para esos pobres soñadores trasnochados. El maes-

El desertor

El fusil a un lado, Juan Soldado se mantiene inmovilizado en aquel puesto de « escucha » en la avanzadilla del frente. En su torno, tinieblas impenetrables. Lejos, en el horizonte, el cañoneo incesante rueda como el fragor de una tempestad lejana. Y arriba, en el cielo, titila el parpadeo deslumbrador de las estrellas.

Juan Soldado mira a los cielos y piensa : « Si todos los soldados pensasen, se negarían a matar, y no habría guerras ».

Juan Soldado recuerda..., recuerda la aldea natal, un pueblecillo limpio y encalada en la frescura siempre nueva y recién nacida de su paisaje... Era un día de campos de amapolas que se cimbreaban al sol como la risa roja en los labios de la gente moza... Era un día de campos de mieses en flor que la brisa peinaba en ondulaciones gozosas... Era la paz. Y en la paz de aquellos campos anchos, sobre la inmensa promesa de su verdor, las alondras, desde lo alto, dejaban caer en la cascada azul de sus trinos el júbilo de sus alas...

Y Juan Soldado recordó el nido deshecho de aquella alondra... Sus ojos de niño descubrieron un haz de pajarillos, aún en cañón, en un nido al amparo de un yerbajo y sus manos inmisericordes, ávidas del tesoro, arrancaron del nido a los pajarillos. Y Juan Soldado recordaba que, cuando gozoso con su presa se alejaba del yerbajo, vio a la alondra revolotear en torno del nido vacío, enloquecida por la desaparición de sus hijos. Entonces, Juan Soldado, no concedió importancia al dolor de aquella madre. Pero ahora, al recordar el

tro de escuela más arrogante no trata así a sus alumnos.

Sin embargo, y esto lo decimos en voz baja, con un poco de rubor, esos profetas que quieren echar por la borda nuestro bagaje ideológico, no tienen ningún bagaje, y conocen tan poco a Bakunin y Kropotkin, a Malatesta o a Reclus como los marxistas a Marx o a Engels.

No acatamos ninguna Biblia, no reconocemos tablas de ley infalibles, impecables. No consideramos a Bakunin o a Malatesta como la suprema manifestación posible de la verdad. Ni a los diez mandamientos, ni a los trece puntos. Pero de ahí a predicar un apartamiento de las enseñanzas de nuestros teóricos, de las doctrinas libertarias, hay un trecho inmenso. Una cosa es no ser sectarios, y nosotros no lo somos, y otra cosa es no ser socialistas, y nosotros queremos seguir siendo socialistas, revolucionarios y libertarios.

Precisamente el bagaje ideológico es más necesario cuanto más revueltos están los tiempos, cuanto más enmarañadas las circunstancias.

D. A. DE SANTILLAN

Envío amistoso al Institutur de Puy-cornet, Jean Jacques Hetzel, antimilitarista y pacifista valiente.

N.D.L.R.

dolor de la suya, comprendió que la pérdida del hijo puede alcanzar en la madre de la bestia a expresiones de dolor tan grandes como en la madre del hombre. Y ahora comprendía que el amor que hermana a la alondra con la mujer, hermanaba también a su madre con las madres de todos aquellos soldados de las trincheras « enemigas »...

Y Juan Soldado siguió pensando, pensando... Hasta que, en un esfuerzo decisivo, tomó el fusil y abandonó el puesto de « escucha » de aquella avanzadilla. El no haría llorar a otra madre : él no mataría.

Y arrastrándose en la sombra por aquellos campos recordó las últimas jornadas sangrientas. Por aquellas tierras, que la piedad del cielo humedecía con la caricia fresca del rocío, habían corrido los huracanes de la locura humana. Fué un choque de urgencias bestiales de uno y otro bando. Se mataban como... hombres; las fieras no fueron nunca tan bárbaras. El paisaje tembló de horror, enmudeció la voz de los vientos y se paralizaron todas las alas. Se moría y se mataba con una indiferencia mecánica. Como autómatas, como hombres. Las bestias en la selva eran dueñas de sus colmillos y de sus garras. Los hombres, en el mundo civilizado, no : en aquellos campos eran unos autómatas estúpidos.

Y Juan Soldado siguió arrastrándose, alejándose, alejándose por los campos en sombra.

Aprehendido y conducido al cuartel general, fué juzgado y condenado a la última pena por desertión frente al enemigo. Pasó a capilla, en donde otro Juan Soldado esperaba la ejecución de análoga condena. Hablaron. El otro se había rebelado contra un oficial y había escapado. Su aprehensión no fué cosa fácil. Se había defendido a tiros. Mató a dos de sus perseguidores. Cuando hubo terminado su relato, preguntó :

— ¿Y tú te defendiste?
— No me defendí.
— ¿No tenías armas?
— Si me fugué con mi fusil y mi munición.
— No lo comprendo; yo, en tu lugar, muero matando.

Juan Soldado tardó unos instantes en contestar; luego miró a su interlocutor, no sin cierta piedad, y concluyó :

— No, es mejor así... Es mejor morir sin disparar el tiro que puede hacer llorar a una madre.

MARIANO VINUALES

La cárcel de P...

LEGUE a Dover a nado por el canal de la Manga, después de salpicón y la chapuza de Dunquerque. Perteneci al grupo de rojos españoles, que reconquistamos Arrás, quitándoles la peineta ametralladora a los franceses, que, locos de pánico, huían abandonando a los boches la plaza. No nos agradeció nadie el cementerio de Péreces y Lópezes, que dejamos bajo un bosque de cruces allí. Y me negué terminante a enrolarme y cocerme en mi propia salsa, en los cuerpos coloniales aliados. No soy de raya tan partida como Edén y dije para mi colete: «Que os defienda «Halifalz». Los armamentistas de Albión vendían, a través de Suecia, a los barones de la siderurgia del Ruhr bombas Mill y granadas de TNT. El antimonio, con que en la fundición se endurecía el acero y que costaba a 30 chelines la tonelada, se lo colocaba a 300 a John Bull el patriotismo de los transformadores de metal. Un Lord guarango cobraba el derecho de pernada señorial de 6 peniques (10 mil libras diarias) por cada mil kilos de carbón, que se extraía de las minas en todo el término de Cárdis. A los pocos días de gambar, batiendo el turf de carreras de Milord, tenía yo el paquete intestinal entérico a bordo de los zapatos. Para encantar el hambre y expulgarme las abatidas alas, me senté a descansar sobre el pasto de un parque público; tan tendral, que abría el apetito como un Martini con tapas y daban ganas de pacerlo. Un donguindo como la torre de Londres de animal, a quien erizaron las cerdas del bigote mis harapos, me quiso levantar del suelo en dos patadas voladoras. Pero, antes de que me rozaran sus herraduras, le atrapé al aire uno de sus cascos traseros; y de un sacudón, lo mandé a hacer ágil clavado artístico a un estanque. ¡A volar, gaviotas! ¡A bañarse a la concha del Tajo, vere-inmundos Craviotos! Los graznidos que el pato pejola, atrajeron escoria y rubios de redondo hocico de Shoredites, de Wimbledon de Soho, de Hackney, de Schadcraft, de Deptford, de Limehouse y de Bethnal Green. Me llovieron kiks y pnchs, uppercuts, azotones, caballazos, puñonrostros, coces de mula Filomena y cazadas de conejo, como si diluviasen iras de Jehová. Metieronme en chirona, hecho un poema de lastimaduras. Comparecí al tercer día ante tres adefesios ridículos, que distribuían palos de ciego y balanzadas de Temis, como Palmolive Pet sus savonetas y sus «Sonría usted con Colgate». Y antes de que me pudiera acordar de la gracia de mi Mamy, ya me revoloteaban dos años de hard labour por la cabeza. El carroncho o carromato que me arrastró a Procton gratuitamente, parecía una rulota de tiriteros: todos sus huesos, como los míos, proyectaban fugas. Oía el ambulante trasto a chinchies y a pomadas de

pelona de circo, que lleva arcos lunares en las uñas de los pies. La gaol, gavia o geole era un cuadrángulo de macizada crueldad, que pagara uno y aún valía la pena de morir escaldado en una olla, como las langostas de mar, por no verlo. Era un superviviente suplicio de mil cobardes años de mudez fósil e impiedad calcárea, plantados entre garitos de centinelas y rasgados sólo por rejas que no dejaba oxidar el mordisco de ayes y aymies de desesperados, con mirar de alucinación. Pasaron colada a mi piel en contaduría. Dejaronme el cráneo hecho una calavera, de tan segado a rape. Y, después de examinarme el médico, como a un sotreta, los dientes, enfutracaronme una pijama de bayeta color alioli, con mangas de jamón tísico y perneras de fuelle licenciado de la mili y tubo de la risa, por lodemolidas y carnavalescas. Hecho un fusilable estafermo y despojado de lo poco que era mío (un pedazo de calcetín con que me sonaba, un botón que me encontré porque no había con él tropezado el Lord del sello), subieronme por una escalera de herrajería al nicho, en que le tocaba entrar en putrefacción a mi cadáver. En la celda, había unas hilachas esteroides de ex cucheta landrúa; un alfilerero de pajas para la pensadora sien; una manta de caballo, con la que se podían cribar melones, para taparse; un gujero oscuro, al que le hacía falta una carretada de cloro, para desodorizarlo; un grifo anabaptista, que no administraba el sacramento del agua desde Knox; una Biblia, que se podía freír de grasienta; y un ventanuco, por el que ni cabía la mano, para decirle adiós al Hábeas Corpus, y que aún velaban arañas con cortinas de encaje de Nóttingham, del tiempo de los Tudor. Y pare usted de contar triques. Para desayuno, largaronme tres cucharadas de un pórridge deterativo en una lata. En el almuerzo y la comida, no varió el menú, salvo en que se lo bautizó más. A las dos semanas de pasión y de pensión en este hotel, tiraba yo bocados a las vigas de la techumbre; y el taparrabos que me quedaba, hervía de polluelos. Como entremés de mis trabajos forzados, diéronme cien sacos de transportar correspondencia, para coser en tres días. Las agujas se rompían en la lona; y mi pulgar e índice de la derecha, en el acero, por el que se me vaciaba la aorta a hilos. Cuando me ahogó el jugo de tomate, que tragaba chupándome los dedos, pedí socorro. Un guardia cárcel, como un aerostato, de bombachón, preparándose a boxear, me amonestó: «¡Chitón y a la costura! En dos años, no tienes derecho a abrir el pico, paraico». Protesté como un sínfeiner. Y con una serie de candados, corchetes, ganchos, tijeras, sortijas, martillos, mayales, nudos ciegos, llaves japonesas y estacas indias, trataron de hacerme entrar en

La irreligiosidad en las ideas

NO hay esencias religiosas en nuestras ideas. Que religión, a fin de cuentas, no es sólo el sistema de cultos católico, budista, mahometano o teosófico a que se someten las humanas criaturas; que hay espíritu religioso en cuanto ata, limita y atornilla el pensamiento humano, y es religión cualquier sistema que exija al hombre acato y obediencia a órdenes o normas venidas de la «superioridad», sea ésta ídolo de barro, impalpable deidad o jefe de carne y hueso como el más común de los feligreses.

Por eso es hombre religioso el que se suma a rebaño moral, secta religiosa o partido político. Tan religiosos son esos negros del Congo que idolatran un icono cualquiera, como lo era aquel cocinero de Luis XIV que se suicidó por haber olvidado un ingrediente cualquiera en una salsa dedicada a su rey, o aquellos ciudadanos alemanes que semanalmente esperaban la venida del comisario del Kaiser para saber lo que «debía pensarse» sobre los acontecimientos de aquella semana, o estos comunistas de ahora que se están quedos o callan hasta saber lo que la consigna

moscovita les permita hacer y decir.

Pero en nuestras ideas no hay religiosidad. Y no la hay porque nadie pierde su personalidad al unirse a la gran familia. Y cuando nuestras ideas se aceptan no es porque se acaten normas y preceptos ni se acepten cultos e idolatrias, sino que se llegaron a conquistas por sentimiento o conciencia; porque ellas, como los frutos salvajes, se ofrecen, dadivosas y galanas, a quienes se atreven a alcanzarlas; no se expenden, envasadas, en canje de sometimientos.

Por eso, también, no es hombre religioso el amarquista porque concibió una idea de amor universal que no le moldea ni ata su personalidad; ni lo es porque tenga concepciones filosóficas que le ofrezcan una ética a la que ajuste voluntariamente su vivir, y a la que no esté ligado más allá de cuando vislumbre otra ética ofrecida por otras concepciones; ni lo es porque una su esfuerzo al de los que, como él, hayan comprendido que el bienestar se consigue sólo con amores y que odios se nutre la tiranía, por lo que hay que luchar contra todo cuanto de tiranía tenga siquiera un ápice; ni lo es porque intente mostrar

a los otros hombres los caminos que él creyó encontrar para alcanzar su dicha y la de los demás, sin que sean catequizaciones esos intentos ni imposición de ideas esas demostraciones.

No hay esencia religiosa en nuestras ideas, no; no la hay porque no están forjadas con encasillamientos ni rigideces de fanatismo: se forjaron en momentos de humanas clarividencias y sensibilidades, y su temple es flexible o duro como acero toledano. No hay en ellas dogmas filosóficos ni autocratismos sociales; que se nutren de diarias experiencias y están sujetas a innovaciones fundamentales.

No hay esencias religiosas en nuestras ideas, no; no las hay porque religión es autoridad, y ellas son la antítesis misma de todo lo autoritario.

No hay esencias religiosas en nuestras ideas, no; no las hay porque la religión pide al individuo que se anule y yugule su ego, su yo, para sumarse a la multitud de feligreses, y ellas, cuando el individuo las poseyó, le incitan a que conserve siempre, siempre, su ego y que cultive a su máxima expresión su personalidad.

No hay esencia religiosa en nuestras ideas, no; no las hay porque la religión no se concibe sin sacerdocio, y en ellas no hay lugar para los sacerdotes, vistanse éstos con cualquier sotana.

... Hay irreligiosidad en nuestras ideas. No hay religión en ellas, porque son la expresión fiel de las leyes naturales en que se desliza el humano vivir, y las leyes naturales, todas las leyes naturales, son ajenas a las religiones, a todas las religiones... aunque la humana incomprensión de esas mismas leyes haya sido el principal origen del espíritu religioso.

Y por ello es que nuestras ideas son hijas siempre de la Ciencia, de esa Ciencia que escudriña, investiga y ahonda en las profundidades de la Vida, y son más amplias y son más consistentes cuanto más leyes naturales llegaron a conocer.

Por lo que Anarquía y Religión son incompatibles.

B. CANO RUIZ

SOBRE DIOS

La miseria que llena a este mundo protesta a gritos contra la hipótesis de una obra perfecta debida a un ser infinitamente sabio, bueno y poderoso. — Schopenhauer.



razón. Se había abierto un catch-as-catch-can salvaje, sin previo aviso; y con el poco aliento que me restaba, me dispuse a gladiar mis fueros aragoneses. Las valijas de correo hicieron el aeroplano y la yegua clavileña por la estrecha mazmorra. El bote del rancho tocaba a somatén y a asómate a la ventana. Mis piquetes de modisto desinflaban vejiga y mechaban queso de lechón. Pero, no pude con el pitcher, el catcher y el batear de mi molinero, al que en pidgin english de Calcuta y de China ponía yo como lazo de cochino. Mi rival apeló, para noquearme, al látigo irlandés, a la tabla marina, a la vuelta de Artín, a la palanca de Marcus, a la doble Nelson, a la tapatía, a la cruceta, al cangrejo, a la rana, a la bufanda, a la cobra, al torniquete, a tirantes, maronas, chilotazos, y toda clase de bellaquerías. Hasta que me administra la extremaunción con una quebradora, en que se asó mis riñones a la broqueta, y con la que acabáronse los Lanceros de bailáramos. A media luz de conciencia, dijéronme luego que hacia la Lulú o ululaba en mi agonía, a este tenor: «Churchi..., Churchil, Stalin, Franco... Sem, Cam y Jafet... Rubén, Simeón, Leví... Dimas, Gestas y Chucho el Roto... ¡Delicias y primicias de Capua y de Dúmbarton Oak! Que por las planchas de dividir, diezmar y quebrar, enchucen a la rotaría Pomona terráquea!

Angel SAMBLANCAT

Destinos repetidos

CUANDO Heinrich von Kleist, el gran poeta trágico alemán, murió en 1811 y en circunstancias impresionantes, no podía sospechar que casi un siglo y medio después surgiría en el corazón de Europa un biógrafo fiel y apasionado que no sólo contribuyó a rehabilitar su figura de poeta clásico, sino que emuló su dramático destino: Stefan Zweig. Su pequeña obra dedicada a Kleist apenas nos enseña nada referido al ambiente literario, social o histórico en que se desenvuelve su torturado personaje; no es una obra rigurosa, serena, donde se estudie con cierto despego y abstracción, dada la lejanía cronológica, la irrupción y aportación de Kleist en el núcleo cultural (época del idealismo alemán), sino que nos hallamos frente a frente con un personaje tan angustiado, tan esencialmente universal, tan aislado de una cotidianidad y de una sociología, que empezamos a vivir en la plena síntesis de crisis sucesivas, cazando al vuelo algún que otro dato argumental y sumergiéndonos en una palabrería demoníaca, mágica, pero que en un momento determinado se reorganiza y nos hiela la medula o nos hace resplandecer en la esperanza, en la esperanza de que todavía la desesperanza tenga arreglo, claro está.

Kleist escribió poesía, teatro en verso y novela. Su obra cimera — « El príncipe de Homburg » — no consiguió verla representada y, según Zweig, equivale a ese soplo genial que raras veces el destino concede más de una vez; Kleist « ha hecho la tragedia genial de su fuerza interior, de su lucina, de la antinomia entre la pasión y el autodomínio. » Kleist no estaba loco ni enfermo, pero poseía una naturaleza extrema; poseer una naturaleza extrema quizá sea una enfermedad: era en todo caso una enfermedad escasamente controlada en los casilleros médicos. La naturaleza extrema clama por el todo o nada, desconoce la flexibilidad intermedia, es decir, lo que nos distingue como entes domésticos, mediocres y civilizados. Cuando se es un fanático — para simplificar — a secas, encontramos, por ejemplo, a un Hitler, pero cuando se es fanático en dos direcciones a la vez encontramos a Kleist y al suicida, al juez y al reo, al racionalismo y a la fantasía y, empleando la terminología de nuestro tiempo, encontramos al absurdo y a la plenitud. Pensando en Goethe, que a su manera tenía todo esto superado (mayestática luminaria de Weimar), la cuestión no es ya saber. Todo se sabe. La cuestión es determinar qué grado de resignación poseemos y hasta dónde es modificable la condición humana.

Kleist vivió como un personaje de Dostoiewski: hermético, alucinado, perseguido por incansables fantasmas interiores, sin amigos. Apenas han quedado testimonios de sus costumbres. Se sabe que



STEFAN ZWEIG

era de complexión robusta, que no paró en ningún sitio, que fue militar al principio, tuvo un periódico y ciertos medios de fortuna prestamente eliminados. Hacia el final de su vida cayó en la más violenta soledad: se encontró sin amigos ni empleo, con los zapatos rotos, repudiado incluso por la familia, autor fracasado, y su enemigo Napoleón dominando en Europa. La idea de la muerte, largo tiempo alimentada, se enseñorea de su espíritu y, como siempre, su extremismo le obliga a pensar en una muerte mística y esplendorosa, pero temiendo paradójicamente la soledad eterna busca una compañía capaz del sacrificio. Hace a sus antiguas y pocas amistades proposiciones descabelladas. Una enferma de cáncer, incurable, una pobre cajera a la que apenas conoce acepta morir con él. Todo esto es de una tristeza delirante, mas ellos aquel día parece ser corrieron y rieron en una pradera de Wannsee y, antes de que sonaran los dos disparos, tomaron café al aire libre. Aquí Stefan Zweig escribe: « Entonces surge la magia más elevada de la vida, pues sólo el que está despedazado siente el anhelo de la perfección. Sólo el arrebatado alcanza el infinito. » Este judío austriaco, autor de una novela que han leído con emoción todas las mujeres del mundo (« La piedad peligrosa ») y cuyas ideas sobre « la magia más elevada » son discutibles, se estaba predestinando. Sólo por escribir biografías de Hölderlin, Nietzsche, que murieron alienados, y ser amigo íntimo del luctuoso poeta belga Emilio Verhaeren, evidenció sus inclinaciones patológicas. Hijo de una

rica familia hebrea, pudo dedicarse desde el principio a su vocación literaria; viajó dilatadamente y gozó pronto del favor de una Europa culta y refinada. Zweig no era solamente vienés, sino europeo en la mayor acepción de la palabra. Fundó ligas por la comunidad espiritual de los países. Su labor de creación literaria abarca la poesía y la novela, pero al final se dedicó al ensayo y a la biografía, más lírica que crítica: Stendhal, Casanova, Tolstoi, Verlaine, Baudelaire, etc. Antes de establecerse en América adoptó la nacionalidad inglesa en 1940. Luego, las matanzas judaicas cundieron por Europa como pólvora encendida. Nada estaba seguro, todo caería en poder de ese otro Napoleón sin medida. Queda América, otro continente, otra cultura, otra vida. En un hotel de Petrópolis (Río de Janeiro), en compañía de su joven esposa, el sexagenario Stefan Zweig, contemplando la disolución del solar europeo y, según dijo en una carta, « estando demasiado cansado para rehacer su vida », decide evadirse definitivamente. Todavía un último libro: « Mi autobiografía ». En el año actual se cumplen dos décadas de su muerte.

He aquí dos destinos dramáticos que se repiten en la historia del desarraigo absoluto; dos situaciones políticas similares, dos conciencias despedazadas, dos últimos y despavoridos terrores a la soledad.

En « El príncipe de Homburg », esto es, en una creación artística, consigue Kleist armonizar su

pasión y su demonio; también Zweig escribió una serie de biografías (« La curación del espíritu ») encaminadas a poner rasgos eminentemente vitales y positivos a esa destructiva incursión en el mundo de las subversiones, de las taras, de las anomalías patológicas inclasificables. Los dos presintieron — sólo estéticamente, y esto es lo malo — la fórmula del equilibrio y no ignoraron que si, por ejemplo, la guerra extermina y la conciencia se divide entre la realidad y el sueño, todavía el perfume de la tierra removida, la dulzura econgijante de un crepúsculo, la luz de unos ojos, pueden justificar la vida y equilibrar su inmenso bagaje de sombras. Por lo demás, irse antes de que le echen a uno no es tan escandaloso como parece a primera vista. ¿Es esto una defensa de tan drástico abandono? Jamás. Se está hablando simplemente de que el hombre, se anticipe o no al inexorable desenlace, siempre es un drama, una conciencia despedazada, un despavorido terror a la soledad. El resto pertenece a la soberbia humana, al arte o a la enajenación mental, en verdad un porcentaje mínimo en relación con los tres mil millones de almas que laten bajo el sol. Con esto salvamos, creo, el hecho de que la debelación de tan dolorosas realidades pueda en cualquier momento representar — para mentalidades ciertamente demasiado acomodaticias — un morbo o proclividad a la instauración de una odiosa beatería del desarraigo extremo.

TIJERAS

Líneas de humor

En una publicación de la C. N. T. se nos ocurrió, hacia 1922, abrir un concurso para que los lectores enviaran trabajos definiendo al amor libre.

Todo el mundo hablaba por entonces de amor libre, de naturismo, de malthusianismo, de idismo.

Se recibieron una veintena de originales, no desprovistos algunos de originalidad. Pero el más original de los trabajos era nada menos que la reproducción exacta del discurso de la pastora Marcela que figura en el « Quijote ».

Ya se recordará que Marcela aparece en una altura cuando los pastores entierran a Crisóstomo, que había muerto — decían ellos — de amor. Marcela reivindica, ante el fúnebre cortejo, el derecho de la mujer a corresponder o no a una pasión. El discurso es un alegato, formidablemente razonado, en pro de la libertad sentimental de las hembras.

Reunido el jurado que calificaba los trabajos enviados, acordó publicar la siguiente nota en el periódico: « Ha ganado el premio el compañero Miguel de Cervantes Saavedra, quien puede pasar a recoger el galardón por esta imprenta, de cinco a siete de la tarde. »

FORMAS DE LA AUTORIDAD

EN las sociedades contemporáneas, llamadas equivocadamente civilizadas, la Autoridad reviste tres formas principales que engendran tres grupos de obligaciones :

1º — La forma política : el Estado; 2º — La forma económica : la Propiedad; 3º — La forma moral : la Religión (1).

La primera, el Estado, dispone soberanamente de las personas; la segunda, la Propiedad, reina despóticamente sobre los objetos; la tercera, la Religión, pesa sobre las conciencias y tiraniza las voluntades.

El Estado toma al hombre en la cuna, lo matricula en los registros del estado civil, lo aprisiona en la familia si la tiene, lo entrega a la asistencia pública si es abandonado por los suyos, lo encierra en la red de las leyes, reglamentos, prohibiciones y obligaciones, lo convierte en súbdito, en contribuyente, en soldado, a veces, en detenido o en forzado; en fin, en caso de guerra, en un asesino o en un asesinado.

La Propiedad reina sobre los objetos: suelo, subsuelo, medios de producción, de transporte, de cambio; todos los valores de destino común hanse, paulatinamente, convertido, por la rapiña, la conquista, el latrocinio, el fraude la astucia o la explotación, en la cosa de una minoría. Es la autoridad sobre las cosas, consagrada por la legislación y sancionada por la fuerza para el propietario, el derecho de usar y abusar (*jus utendi et abutendi*) y para los no poseedores, la obligación, si quieres vivir, de trabajar por cuenta y provecho de los que han robado todo. « La propiedad, dice Proudhon, es un robo. Establecida por los espoliadores y apoyada sobre un mecanismo de violencia extremadamente poderoso, la ley consagra y conserva la riqueza de los unos y la indigencia de los otros. La autoridad sobre los objetos : la propiedad es hasta tal punto criminal e intangible, que donde es impulsada hasta los límites extremos de su desarrollo, los ricos pueden a su gusto e impunemente reventar de indigestión, mientras que, faltos de trabajo, los pobres mueren de hambre. « La riqueza de los unos, dice J. B. Say, el economista liberal, está amasada con la miseria de los otros. »

La Religión — tomamos este término en su sentido más extendido y lo aplicamos a todo lo que es dogma — es la tercera forma de la autoridad. Pesa sobre el espíritu y la voluntad; entenebrece el pensamiento, desconcierta el juicio, arruina la razón, avasalla la conciencia. Toda la parte intelectual

(1) Entiéndase que el sentido que atribuimos aquí a la palabra religión sobrepasa, en mucho, al que corrientemente se le concede. Aquí, religión abarca todo lo que, en principio y en hecho, liga, encadena o paraliza la razón, los sentidos y la voluntad.

tual y moral del ser humano es su esclavo y su víctima.

El dogma — religioso o laico — resuelve desde lo alto, decreta brutalmente, aprueba o condena, ordena o prohíbe, sin apelación : « ¡Dios lo quiere o no! ¡La Patria lo exige o lo prohíbe! ¡El Derecho lo ordena o lo condena! ¡La Moral y la Justicia lo mandan o lo prescriben! »

Prolongándose en el dominio moral, la Religión enseña e impone una moral en perfecto acuerdo con la moral codificada, guardiana y protectora de la Propiedad y del Estado, de la cual se hace cómplice convirtiéndose en lo que en ciertos medios impregnados de superstición, de chauvinismo, de legalidad y de autoridad, se denomina con buena voluntad: « la gendarmaría suplementaria ».

No pretendemos de ninguna manera, agotar aquí la enumeración de todas las formas de la autoridad y de la obligación. Señalamos las esenciales y para distinguirlas más fácilmente las clasificamos. Esto es todo.

Negadores y adversarios implacables del principio de autoridad que, en el plano social, representa un puñado de privilegiados de todo el poder y pone al servicio de este puñado, la Ley y la Fuerza, los anarquistas libran un combate encarnizado contra todas las instituciones que proceden de este principio, e invocan, para participar en esa batalla necesaria, a la masa prodigiosamente numerosa, a la cual estas instituciones aplastan, condenan al hombre, envilecen y matan.

Queremos anonadar al Estado, suprimir la Propiedad y eliminar de la vida la impostura religiosa, a fin de que, desembarazados de las cadenas cuyo aplastante peso paraliza su marcha, todos los hombres puedan, por fin, sin Dios ni Amo y en la independencia de sus movimientos, dirigirse, con paso acelerado y seguro, hacia los destinos del bienestar y de la Libertad que convertirán al infierno terrestre en un lugar de felicidad.

Tenemos la inquebrantable certeza que cuando el Estado que nutre las ambiciones y rivalidades, cuando la Propiedad, que fomenta la concupiscencia y el odio, cuando la Religión, que mantiene la ignorancia y suscita la hipocresía, hayan sido heridas de muerte, los vicios que estas tres autoridades fusionadas lanzan al corazón de los hombres, desaparecerán a su vez.

« Muerto el perro se acabó la rabia. »

Entonces nadie querrá mandar, puesto que, por una parte nadie consentirá en obedecer, y que, por otra, toda veleidad de opresión habrá sido quebrantada; nadie podrá enriquecerse a expensas de otro puesto que la fortuna particular habrá sido abolida; sacerdotes mentirosos y moralistas, tartufos, perderán todo ascendiente puesto que la naturaleza y la verdad habrán recobrado sus derechos.

Tal es, a grandes rasgos, la doctrina anarquista.

T. Y. L.

Un cuento de Tolstoi

(Continuación)

III

EN seguida que vieron a Pakhom salieron de sus carros y lo rodearon. Se encontró a un intérprete, y Pakhom le dijo a qué venía. Los Baskiros se pusieron contentos. Abrazaron a Pakhom y lo llevaron a su mejor carro, lo hicieron sentar encima de unas mantas y le dieron almohadones de plumas para que se acostara. Luego se sentaron todos a su alrededor y le ofrecieron té y kumis. Se mató a una oveja y lo convidaron a comer. Entonces Pakhom sacó sus regalos y los distribuyó a los Baskiros, como así el té. Los Baskiros se alegraron mucho y hablaron largo rato entre ellos. Al fin dijeron al intérprete que hablara Pakhom.

— Quieren que os diga, dijo el intérprete, que están muy contentos con usted y que está en nuestras costumbres ofrecer a nuestros visitantes cuantos placeres podamos procurarles, y de hacerles regalos en retórnio de los que ellos nos han hecho. Díganos ahora qué le gustaria tener, que nosotros pudiéramos ofrecerle.

— Más que nada me gustaria tener una parte de vuestra tierra, dijo Pakhom. Nosotros tenemos poco terreno, y ese poco ha sido trabajado hasta extenuarlo. Pero ustedes tienen mucha tierra, y muy buena tierra. Nunca, a decir verdad, he visto tierra tan buena.

— El intérprete tradujo y los Baskiros se pusieron de nuevo a hablar haciendo cierto barullo. Pakhom no podía comprender lo que decían, pero vió que parecían contentos, y que gritaban y reían. Por último se callaron y se sentaron mirando a Pakhom, mientras el intérprete traducía :

— Quieren que os diga, dijo, que están de acuerdo en daros cuanta tierra usted precise, debido a vuestra amabilidad; lo único que tiene que hacer es señalar con su mano qué tierra le gustaria tener, y es suya.

Los Baskiros volvieron a conversar, y esta vez parecia que se disputaban. Pakhom preguntó al intérprete cuál era la causa del desacuerdo.

— Unos dicen que hay que consultar al Viejo sobre eso de la tierra, y que sin su permiso no es conveniente entregarla, respondió; y los otros aseguran que todo se puede arreglar sin él.

Mientras hablaban, un hombre que tenía en la cabeza un gorro de piel de zorro, vino hacia ellos. Los Baskiros se silenciaron y se levantaron. El intérprete dijo : « Es el Viejo ».

Pakhom desempaquetó en seguida su mejor ropa para dormir y cinco libras de té, dándolo todo al Viejo. Este lo aceptó y se sentó en el lugar de honor. Los Baskiros empezaron a hablarle todos a

la vez. El Viejo escuchó todo durante un buen rato, luego les hizo con la cabeza señal de que se callaran, y habló a Pakhom en ruso.

— Bueno, dijo, que así sea. Tome usted la tierra que desea. Pues tenemos tierra en abundancia.

« ¿Cómo es eso de tomar la tierra que desea?, pensó Pakhom, no hay que olvidar que para mi seguridad preciso los papeles. De otro modo pueden decir ahora que la tierra es mía, y más tarde pueden arrepentirse.

— Muchas gracias, dijo, por sus buenas palabras. Es verdad que ustedes tienen mucha tierra y que yo solamente necesito una poca. Me gustaria solamente saber cuál será mi tierra, y desearia, si no es molestia, que la midiésemos y labráramos un acta. Dios es el amo de nuestra vida y de nuestra muerte; y si ustedes son muy buenos dándome esta tierra, ¿cómo podré estar seguro de que vuestros hijos no me la quiten más tarde?

— Tiene usted razón, dijo el Viejo. Se le darán los papeles.

— He sabido que un campesino los visitó, dijo Pakhom, y que ustedes le dieron tierra y un acta de venta. Me agradaria que conmigo se procediera lo mismo.

El Viejo comprendió.

— Todo eso puede hacerse, dijo. Nosotros tenemos un escribano en la ciudad e iremos allí a arreglarlo todo.

— ¿Y cuál es vuestro precio?, dijo Pakhom.

— Nosotros solamente tenemos un precio : mil rublos por día.

Pakhom no comprendió.

— ¿Qué medida es esa de un día?, preguntó: ¿cuántas fanegas son?

— Nosotros no sabemos medir, dijo el Viejo, por lo tanto vendemos nuestra tierra por día. Toda la tierra que usted puede abarcar dentro de un círculo en un día de marcha será suya, y el precio son mil rublos.

Pakhom se quedó maravillado.

— Eso es mucho, dijo; en una jornada se puede abarcar una considerable extensión de tierra.

El Viejo se puso a reír.

— Pues toda la tierra que usted abarque suya será, dijo. Pero con una sola condición : si en el mismo día usted no llega a su punto de partida, pierde usted la tierra y el dinero.

— ¿Cómo sabrán ustedes el camino que yo tomo?, dijo Pakhom.

— Iremos al lugar de partida que usted crea más conveniente y allí nos quedaremos mientras usted se apropia de su tierra. Hágase con un bastón con punta, y de tanto en tanto hace con él un agujero, a cuyo alrededor pondrá un poco de hierba, para que nosotros logremos verlo bien. De un agujero al otro, iremos nosotros trazando un

surco. Haga usted su círculo cuan grande le parezca. Solamente antes de la puesta del sol deberá usted estar de vuelta al mismo lugar de donde partió. Toda la tierra dentro del círculo será para usted.

Pakhom se sentía feliz. Decidió que partiría muy temprano; luego hablaron todos un poco, mataron una oveja y se la comieron, bebieron té y kumis hasta que oscureció. Luego acostaron a Pakhom en un colchón de plumas y deseándole buenas noches lo dejaron, prometiendo que al amanecer estarían ya listos en el lugar convenido para la partida.

Recostó su cabeza Pakhom encima de sus almohadas de plumas, pero no pudo dormir; su cerebro estaba lleno de tierra. « Tengo que dar una vuelta tan grande como pueda, pensó. Puedo hacer fácilmente treinta y cinco millas en una jornada. Ahora los días son largos ».

Toda la noche Pakhom la pasó en vela, y no fué hasta que la aurora venía cuando cabeceó un poco. Habíanse cerrado sus ojos cuando le vino un sueño. Soñó que estaba acostado en aquel mismo carro y que alguien afuera reía muy bajo. Queriendo saber quién era el que reía, saltó y vió al Viejo sentado en el suelo cerca del carro, agarrándose el vientre con las dos manos de tanto que reía. Pakhom se aproximó y le preguntó por qué reía así, viendo entonces que quien reía no era el Viejo sino el campesino que le había hablado de la tierra. Y como Pakhom quería preguntarle desde cuándo estaba de vuelta, vió que tampoco era el campesino, sino el otro campesino que habíase detenido en su casa procedente del Volga. Y luego ya no fue éste último, sino el diablo mismo con sus cuernos y sus zuecos el que allí estaba sentado y reía, mientras que a sus pies yacía tendido un hombre con los pies descalzos, en pantalón y camisa. Pakhom lo miró de cerca y vió que aquel hombre estaba muerto, y que aquel hombre era él mismo. Se despertó aterrorizado.

Entonces pensó : « No son más que sueños y tonterías », y se deslizó afuera del carro por la puerta. Había una claridad gris; llegaba el alba.

« Ya es tiempo de partir, pensó; hay que despertar a la gente ». Llamó a su peón para que se levantara, ordenándole que preparara su caballo, y se puso a despertar a los Baskiros.

— Es hora ya de partir y de medir la tierra, les dijo.

Los Baskiros se levantaron y se prepararon, y el Viejo apareció. Se pusieron a beber kumis y ofrecieron té a Pakhom, pero éste lo rechazó.

— Si partimos hay que hacerlo ahora, les dijo, pues es tiempo ya.

En seguida estuvieron todos listos; unos iban en los carros, otros a caballo. Pakhom y su peón iban en su propio carro, llevando con ellos un bastón para marcar y hacer los agujeros. Cuando llegaron a la estepa, empezaba justamente a aparecer el disco del sol. Subieron todos a un montículo (llamado « shickan » por los Baskiros), bajaron de los carros y de sus caballos, y en grupo se reunieron en la cima. El Viejo se acercó a Pakhom

y señalándole con la mano todo el horizonte, le dijo :

— Todo eso es nuestro, dijo; todo cuanto vuestra vista puede abarcar. Escoja lo que más le guste.

IV

Brillaban los ojos de Pakhom, era aquella una tierra herbosa, llana como la palma de la mano, y tan negro el suelo como los granos de las amapolas; llegando la hierba en ciertos lugares hasta el pecho de un hombre.

El Viejo se sacó su gorro y lo puso en el suelo.

— Aquí, dijo; ésta será la marca. Parte de aquí y vuelve de nuevo aquí. Toda la tierra que puedas reunir será tuya.

Pakhom sacó su dinero y lo puso en el gorro; se sacó luego su larga túnica, dejándose la blusa, se amarró bien la cintura, puso entre pecho y blusa una pequeña bolsa con pan, se amarró en la cintura un pequeño frasco conteniendo agua, se ajustó sus largas botas, tomó el bastón y estuvo listo para la marcha.

En el momento en que los primeros rayos del sol iluminaron la llanura, Pakhom se puso el largo bastón encima de su hombro y descendió la colina.

Primero, caminó a un paso moderado. Cuando hubo caminado una versta (las dos terceras partes de una milla), hizo un pequeño agujero y puso hierba alrededor para marcar el sitio. Luego emprendió de nuevo la marcha. A medida que avanzaba, su velocidad aumentaba. Después de algún tiempo, hizo un segundo agujero, luego otro, y otro más.

Entonces miró hacia atrás. El montículo se veía netamente en el sol de la mañana, que se elevaba con las gentes encima de la cima, y los aros de las ruedas que brillaban por el reflejo del sol. Pakhom estimó que debía haber hecho cinco verstas. Comenzó a tener calor. Se sacó la blusa, se la puso encima del hombro y empezó a caminar de nuevo. Algún tiempo después levantó los ojos hacia el sol, dándose cuenta de que ya era hora de almorzar.

« Ya ha pasado un cuarto de jornada, pensó Pakhom, y el día se compone de cuatro partes : aún es temprano para hacer marcha atrás. Me contentaré solamente con sacar mis botas ».

Se sentó, se sacó las botas, las ató por los cordones en su cintura y emprendió de nuevo el camino.

Ahora caminaba con facilidad, y pensaba : « Voy a hacer aún cinco verstas en línea recta, luego me volveré hacia mi izquierda. Por ese lado es tan bella la tierra que no quisiera abandonarlo. Cuanto más lejos pueda ir, mejor será ».

Avanzó a grandes pasos. Al cabo de un rato se volvió y miró hacia el montículo. Este ahora apenas si era visible; las gentes parecían hormigas negras arrastrándose por allí, y el brillo de las ruedas apenas si se veía.

« Bueno, pensó Pakhom, por este lado ya no ca-

mino más. Ahora hacia la izquierda se ha dicho. Tengo calor y sed ».

Entonces hizo un agujero bastante grande, puso la hierba en él, sacó el tapón de su frasco y bebió. Luego se puso de nuevo en marcha, pero ahora hacia la izquierda. Pakhom empezaba a estar cansado. Miró hacia el sol y vio que ya era hora de comer.

« Voy a reposar un poco », pensó. Se sentó pues, comió un pedazo de pan y bebió un poco de agua; pero tuvo miedo en recostarse un rato. « Si me tiendo en el suelo, seguro que me duermo ».

Optó por reposar un poco, y emprender en seguida el camino. Al caminar se dio cuenta de que caminaba con más facilidad — el alimento le había renovado un poco las fuerzas —; pero hacia calor, estaba muy fatigado y se le cerraban los ojos de sueño. Sin embargo, avanzaba y se decía: « Sólo una hora de sufrimiento, y luego toda una vida para vivir ». Caminó en línea recta por la izquierda y cuando ya iba a dar otra vuelta, vio una hondonada húmeda delante de él. « Sería lástima dejarla de lado, pensó; el lino crecería muy bien aquí ». Rodeó pues a la hondonada, hizo un agujero a su extremidad y cambió de nuevo su dirección.

Después miró de nuevo hacia la colina. Palpitaba en el aire ardiente, la atmósfera se hacía pesada. A través de ella se hacía difícil distinguir a las gentes de la cima.

« Bueno, se dijo, he caminado demasiado por estos lados; por los otros no debo extenderme tanto ».

Avanzó lo más rápidamente que pudo. Cuando miró de nuevo hacia el sol, se dio cuenta de que ya el mediodía había pasado, y no había hecho más que dos verstas por su nuevo lado. Hasta el montículo le quedaban unas quince verstas.

« Podría ir más lejos, penso; mi tierra no sería cuadrada, de acuerdo; pero hay que volver en seguida y derecho a la colina, o si no voy a llegar tarde. Con esta tierra debo ya tener bastante ».

Hizo, pues, otro agujero, y sin pérdida de tiempo se dirigió derecho hacia el montículo. Ahora caminaba con dificultad. Estaba cubierto de sudor. Sus piernas y sus pies descalfados, ensangrentados y doloridos, se negaban a llevarlo más allá. Bien quisiera reposarse, pero no se atrevía. De hacerlo, sabe que no llegaría a la colina antes de la puesta del sol. Este no lo esperará por cierto, y gradualmente se hunde de más en más bajo.

« ¿Habré calculado mal y estaré demasiado lejos? », se dijo. ¿Qué haré si llego tarde? ».

Miró al montículo, luego al sol. La colina estaba aún muy lejos y el sol descendía hacia el horizonte.

Con grandes dolores se esforzó por avanzar, queriendo ir de más en más rápido. Al fin emprendió a correr. El montículo estaba aún muy lejos. Tiró su blusa, su frasco, sus botas y su gorro. Solamente guardó su bastón de marcar, con el cual trató de ayudarse en la carrera.

« ¡Ah!, se dijo, por haber querido tener demasiado, lo voy a perder todo. Imposible que llegue antes de que se ponga el sol. »

El miedo casi le quitó el aliento. Corrió a más no poder, en línea recta. Su camisa y su pantalón estaban pegados a su cuerpo, debido a la transpiración y su boca estaba seca. Quemaba su pecho, batía como un martillo su corazón, parecía que sus piernas no eran suyas, pues le temblaban. El miedo lo asustó. ¿Iba a morir de agotamiento?

Tenia miedo de morir, y sin embargo no podía detenerse. « Si me detengo ahora, después de haber corrido tanto, me llamarán loco ». Ahora ya estaba muy cerca, y podía oír los gritos y los clamores de los Baskiros, gritos que hacían palpitara a su corazón aún más penosamente.

Corrió con lo que le quedaban de fuerzas; el sol estaba ya sobre el borde del horizonte, hundido en una especie de neblina, y pareciendo un gran disco de sangre. Dentro de un momento se hundirá por el borde, pero el montículo también ahora está muy cerca. Pakhom puede ver a las gentes agitando y haciéndole señas con sus manos. Puede ver el gorro de piel de zorro, que contiene su dinero. Y puede ver al Viejo sentado en el suelo, con sus manos puestas encima del vientre. Y Pakhom recordó el sueño que había tenido aquella noche pasada. « Tengo mucha tierra, pensó; ¿pero es que podré vivir en ella? Estoy perdido. Nunca podré llegar. »

Pakhom miró al sol: la parte inferior del disco se había ya hundido en el horizonte. Recogió toda su fuerza para un último esfuerzo, proyectando luego su cuerpo hacia adelante, de tal manera que al correr, apenas si sus piernas podían sostenerlo e impedirlo caer. Llegó al montículo. Pero de repente la tierra se ensombreció. Miró... y el sol había desaparecido. En un gemido se dijo: « Todo está perdido ».

Iba ya a detenerse, pero oyó a los Baskiros que le gritaban y se agitaban encima de él. Recordó en seguida que aunque no pueda ver más al sol, éste es aún visible desde la cima. Pakhom, con fuerzas sobrehumanas subió rápidamente la ladera y llegó fatigadísimo. La luz moribunda del sol aún iluminaba la cúspide. Allí estaba el gorro y allí se encontraba el Viejo sentado en el suelo, con sus manos sobre el vientre, riendo a carcajadas. Recordó Pakhom su sueño y lanza un quejido, sus piernas se niegan ya a sostenerlo y cae cara al suelo, apretando el gorro con sus manos. — ¡Bravo!, exclamó el Viejo. Buena suerte has tenido. Ahora eres dueño de un buen pedazo de tierra.

El peón de Pakhom corrió para ayudarlo a levantarse. Pero estaba bien muerto, y un hilo de sangre salía de su boca.

Los Baskiros menearon sus cabezas con pena. Y el peón de Pakhom, con un azadón cavó una fosa, lo suficientemente grande, para el cuerpo de Pakhom, de la cabeza a los talones — siete pies — y lo enterró.

(Trad. V. Muñoz).

LEON TOLSTOI

La traducción ha sido hecha del idioma francés, basada en un texto aparecido en un reciente folleto dedicado a Tolstoi (1828-1910), por E. Armand. — V. M.

El termómetro en el balcón

EL termómetro marca cinco grados bajo cero. En el balcón. Tupidos cortinajes, espesas alfombras y unos radiadores ardientes suprimen, dentro de la casa, el invierno. El dueño de la casa es un filósofo, y ahora, en su despacho confortable y elegante, medita: « Realmente es maravilloso el progreso, el ritmo del progreso... Cada día más rápido y seguro. La Naturaleza llegará a ser dominada, encauzada definitivamente por la voluntad del hombre. He aquí el fenómeno del frío... Al través de los cristales he mirado el termómetro. ¡Perfectamente! Una temperatura atroz para quien, con escasa ropa de abrigo, deba arrostrarla en la calle. Pero aquí, en mi casa, y como la mía hay muchas casas, estamos en primavera. Es delicioso. No puede reprimirse una sensación de bienestar y un sentimiento de orgullo. « Ah, madrastra, y no madre. Naturaleza, te vencimos ».

Y el filósofo, dentro de su batín de lana, los pies en sus pantuflas, la mirada soñadora y en los labios — sustituyendo al rictus con que los contrae en público — una sonrisa epicúrea, se consagra a uno de los ejercicios mentales que más le divierten y le confortan. Consiste en recordar cómo vivían los antiguos, desde el hombre de las cavernas hasta el cortesano de Varsailles y el madrileño de un siglo ha...

« Comprendemos — se dice — la meditación entre estas dos fechas: 1862, 1962. Del Madrid de Figaro al actual. Contra una temperatura semisiberiana, como la de hoy, carecían de recursos nuestros abuelos. ¿Las chimeneas, tan elogiadas por Figaro en su artículo sobre « Las casas nuevas »?... ¡Bah! ¿El brasero?... Chisme inútil, símbolo de una época paupérrima. Madrid era entonces una ciudad inhabitable. El Madrid de Felipe II. El que descubrió Gautier. El de los « ocho meses de invierno y los demás de infierno ».

El filósofo evoca. Y compara. Los madrileños acomodados de 1962 viven infinitamente mejor que los potentados de hace un siglo. La luz eléctrica, el teléfono, el ascensor, el automóvil y la calefacción central les proporciona una vida cómoda, a la europea. Los madrileños pobres, sin baños en sus casas, ni radiadores, ni teléfono, ni coche a la puerta, ni recursos para tomar un taxi, es posible que vivan todavía como en 1862. Pero el filósofo admite sin dolor los privilegios. No ha hecho el viaje a Utopía — desde su butaca — sino para volver desengañado. Un mismo nivel de felicidad par atodos los hombres es imposible. Pero cada día trae una ventaja, una victoria del progreso sobre las fuerzas ciegas del cosmos. « Nunca se ha

vivido — concluye el filósofo — tanto ni tan bien. Hay derecho al optimismo.

★

Mas la lectura de los periódicos tuerce el rumbo de la meditación. Los periódicos hablan de las ciudades y los pueblos, de las clases y los campos... Traen noticias de toda Europa y de todo el mundo... He aquí al filósofo ante el panorama universal de un momento. Hace frío en una zona del planeta y calor en la otra. En la boreal, la del filósofo, la baja temperatura causa disturbios y produce víctimas. La nieve dificulta el tránsito de trenes y coches. De la montaña inhóspita bajan los lobos a los poblados. Todos estos días, en alguna ciudad, en algún camino, en algún barranco, aparece alguna persona muerta de frío. ¡De frío!

« ¡Ah, esto no! » — exclama el filósofo —. Y ahora sus reflexiones siguen la línea humanitaria. No tanto por piedad como por orgullo. Su orgullo de hombre-rey sufre con esta noticia. ¡Intolerable!

¿A estas alturas del progreso, en esto hora magnífica de la civilización hay gentes que se mueren de frío? ¿Entonces, para algunos — basta que sea para algunos —, 1962 es peor que 1862, que 1562? « En realidad — reconoce el pensador —, para el hombre que se muere de frío el mundo no ha cambiado, no ha adelantado, no tiene edad. La victoria de nuestra época sobre la « madrastra » es muy relativa y muy parcial puesto que aún permite esos desastres individuales. No bastan, no, el bien de unos cuantos, la comodidad de unos cuantos... Ciertamente que el progreso aspira a ser general, universal; pero ¡qué lentitud en sus victorias! No es verdad aunque yo la haya escrito, que nuestra época es un tiempo de plenitud y de triunfo del hombre sobre las fuerzas ciegas. Esas fuerzas siguen operando... La civilización es todavía fragmentaria, incoherente; está dando sus primeros pasos. »

¡Cinco grados bajo cero! Los tupidos cortinajes, las espesas alfombras y los radiadores ardientes suprimen dentro de la casa del pensador el invierno. Pero hace frío en la morada íntima, en el espíritu ccerazón y cerebro — del filósofo. Sinceramente desearía cobijar a todo el mundo en su casa.

Y como esto sólo es posible con la imaginación, el filósofo, para consolarse de su impotencia, abre un tratado de ascetismo, y, más que la lectura, la suavidad y comodidad de su despacho reconforta su espíritu. Vuelve a ser la primavera en su casa... Sigue marcando cinco grados bajo cero el termómetro en el balcón...

ALBERTO INSUA

Las parábolas cínicas

Los reflejos en el agua

U NO de los que por vana curiosidad seguían a Psicodoro se dirigió a Eubulo: — Desde hace algunos días nada se entiende de lo que dice. Vámonos.

Eubulo respondió :

— Ciertamente, no comprendo todas sus parábolas. Pero las que no entiendo, las amo también. Me parece que me ayudan a volverme mejor y más capaz de verdad.

Entonces Excyclo respondió, burlón :

— ¿Cómo lo que comprendes produciría en ti algún efecto?

Pasando en aquel momento Psicodoro, se detuvo y dijo :

— Escuchad una parábola :

..

Después de la penosa ascensión, se encontraba una vasta meseta, cuya mayor parte estaba ocupada por un lago.

Cuando un forastero llegaba al lugar, lo conducían hacia la montaña y, colocándolo al borde del lago le ordenaban :

— Habla :

Al hablar el forastero, los indígenas no escuchaban, pues miraban.

Miraban al lago. Parecía que las palabras, tomando una forma, se lanzaban hacia la otra orilla. Y se veían, en la superficie o en las profundidades, extraños reflejos.

Lo más a menudo eran sombras de serpientes las que zigzagueaban en el agua. O bien sombras de sapos saltaban pesadamente. O también ciertas fealdades, demasiado monstruosas y gesticulantes para tener un nombre, se agitaban con gestos infames.

Entonces el irritado pueblo maldecía al forastero, lo empujaba y lo expulsaba allende las fronteras.

Pero ocurrió que un día el hombre que subieron a la montaña era un sabio. Y si no me equivoco me parece que era mi maestro Diógenes. Cuando habló, se vio volar por encima del agua rápidos reflejos de golondrinas. Y reflejos de mirlos saltaban juguetones. Y reflejos de águilas planeando parecían inmóviles en las profundidades calmas.

Los indígenas no se cansaron mirando aquello. También aquel día se pusieron a escuchar con sus orejas. Y sus lenguas ensayaron de repetir las palabras pronunciadas.

Cuando repetían con una exactitud servil, el re-

flejo pintorreado de una urraca se burlaba de ellos.

Pero, si sus palabras eran diferentes y de una belleza igual, también ellos hacían volar reflejos de golondrinas. O, cuando escarnecían con un corazón alegre, a los dementes esclavos que componen la multitud, saltaban los reflejos de mirlos, abriendo el pico como en una alegría silbante. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos repetidos, nadie pudo hacer planear en las profundidades un reflejo de águila grande e inmóvil.

..

— Maestro, dijo Eubulo, esta parábola es en verdad demasiado difícil. Sé que me atormentaría durante varios largos días y durante largas noches. Te ruego que me ames lo suficiente para explicármela.

Era su voz tan dulce, tan afectuosa y tan ávida que Psicodoro no pudo resistirlo.

— Tal vez el forastero era mi maestro y el lago era mi alma.

— ¿Y esos habitantes que repetían las palabras de Diógenes?...

— Tal vez mis pensamientos, sin comprender aún los pensamientos del sabio, imitaban al menos su aspecto y la nobleza de su vuelo.

— ¿Por qué dices tú « tal vez », oh, Psicodoro querido de mi corazón? ¿Existe en tus palabras, como a menudo ocurre, incertidumbre y algo de broma? ¿Hablas hoy del todo seriamente?

Pero la boca de Psicodoro sonrió. Y eran sus ojos dos sonrisas movientes que parecían, cual niños que juegan, seguirse y huirse.

— Lo que en este momento preguntas, si lo supiera, tal vez no te lo diría.

HAN RYNER

(Trad. V. M.).

Consecuencias

Veo ahora que cada crimen crea a su alrededor una especie de remolino que atrae irresistiblemente hacia su centro culpables e inocentes cuya fuerza y alcance nadie puede prever. Sí, señor, un gesto insignificante a veces desencadena una potencia misteriosa que hace rodar igual por igual y mezclados el criminal y sus jueces tanto tiempo como dura la violencia del torbellino y según leyes todavía desconocidas. — « Un crimen », Bernanos.

MORIR AL ALBA ⁽¹⁾

(Continuación)

PASARON los años. A la dictadura prorriverista sucedió la república zamorana. Antino contaba ahora varios años más, algunas ilusiones menos y todo un precioso bagaje de experiencias vividas que iban haciendo de un hombre tan apto para construir socialmente como inapto para destruir humanamente. A él no le asistía el derecho legítimo de enorgullecerse de conocer España, pero sí el legítimo orgullo de conocer la mayoría de sus cárceles y algún penal y fuerte. El rudo batallar cotidiano le había robado de su mente el recuerdo de Carmina, quien quedaba muy lejos, muy lejos, arrinconada en un recodo de su existencia como un vago perfume de albahaca que nos salta a la nariz al pasar junto al árbol. Un día supo que el viejo contrabandista había muerto, y que Carmina y su madre habían marchado a la capital, abandonando el rinconcillo andaluz, tan puro y tan pobre. Y ya no supo nada más. La madre de Antino abandonó la ciudad de los boquerones y emprendió rudo peregrinaje a través de España, siguiendo al hijo, siempre perseguido y frecuentemente en el « talego ». Finalmente, consumida de dolor y de miseria debió hospitalizarse en la Ciudad Condal, donde expiró. Antino supo de su muerte mucho más tarde. Y en vez de llorarla, se entregó a calcular los miles de madres que, de conocer su fin, envidiarían a la suya propia. Y continuó la lucha como rebelde, mientras que la vida, esa gran modeladora de almas, iba haciendo del rebelde un místico. Y quién sabe si más tarde, del místico un demente.

Los azares de la lucha le llevaron a dar con sus huesos en la cárcel de Churriana, a cuyo pueblo había ido invitado por unos compañeros, a dar un mitin. El comandante de la Guardia Civil se opuso y suspendió el acto, no sin protesta del pueblo. Antino se personó con otros compañeros ante el comandante para tratar de convencerle. Pero éste se indignó de tal pretensión y para vengarse obligó a Amador a pasar la noche « a la sombra ».

Lo encerraron en una habitación de un segundo piso, habitación confortable en la que la luz entraba por una ventana con espesos barrotes que daba a la calle. Entró en ella ya anochecido y seguidamente pegó sus rostro a los barrotes de la ventana para contemplar el magnífico panorama que se ofrecía a su vista. Por la calle solitaria iba y venía paseando una persona que, de tiempo en tiempo, se detenía frente a la ventana y levantaba la vista para mirar hacia donde él se encontraba. Luego continuaba su lento ir y venir mecánico y silencioso. Antino pensó que se trataba de un centinela y no volvió a ocuparse de él, entrete-

niéndose en contemplar el exterior con sus mil murmullos y guiños de estrellas, y a repetirse que aquella cárcel le encantaba. Allí podía soñar a su gusto.

Unas horas después sonaron rudos pasos escaleras arriba. Se abrió la puerta de su « celda » y apareció el comandante benemérito con un guardia y el alcalde.

— Le vamos a dejar en libertad — le dijo el primero.

— ¿Tan pronto?

— Caprichos del señor alcalde; caprichos o miedo al motín. Pero su libertad queda condicionada a que inmediatamente y sin perder un segundo, salga del pueblo.

— ¿Libre?

— Acompañado hasta las afueras. Libre, después.

— Encantado — repuso Antino — que ya se veía marchando camino de Málaga por la orilla del mar y respirando la inefable brisa marina.

Cuando estuvo fuera del pueblo y lejos de los civiles, caminando por la carretera bordeada de cañaverales, oyó que alguien venía corriendo tras él. Extrañado, volvió el rostro. El que corría estaba aún lejos. De pronto, creyó oír pronunciar su nombre. El eco de aquella voz le trajo al pensamiento el nombre de Carmina.

— ¡Carmina! — gritó él en un impulso irrefrenable y absolutamente instintivo.

— ¡Antino!, ¡Antino! — repuso la voz ya inconfundible — de la que corría.

Amador, petrificado de admiración, quedó clavado en el suelo sin poder hacer un movimiento. Carmina se colgó a su cuello entre sollozos y fogosos besos. Aquellos besos húmedos de lágrimas devolvieron al joven el aplomo perdido. A su vez, colmó de caricias a Carmina, la contempló en silencio un momento como queriendo convencerse de que no soñaba, y enlazándola por el talle, abandonaron la carretera y avanzaron por medio de un vega que exhalaba el perfume embriagador de tierra recién llegada. Pronto vino a su encuentro la brisa marina, acariciando sus rostros con su hálito salado y húmedos dedos. Y tras la brisa, el cadencioso murmullo del oleaje en su eterno retozar sobre la arena. La luna alcahueta de los secretos nocturnos, enfocaba su linterna sobre la vasta sabana verde del mar bordándola con encajes de plata. Detrás quedaba la vega invadida por la parranda sonora de ranas y grillos. Y como aturdida esta vega de sudores humanos, por el peso de su ofrendoso y abundante fruto y por el perfume de su flor y de su propia entraña. Más atrás todavía, la alta cordillera de montañas lamía con la copa de sus árboles, o arañaba con el

cuchillo de sus riscos puntiagudos el enjaez azulado del firmamento.

— Carmina...

— Sí.

— ¿Dónde?

— Elige tú mismo.

— Esto es el Paraíso. Y tú su más selecto fruto.

— Cómeme, pues. Tuya soy.

— Pasaremos aquí la noche.

— Aquí o más allá. Pero contigo, siempre contigo, Antino.

La pícara arena, resbaló furtiva, y los dos jóvenes, perdiendo el equilibrio, se desplomaron sobre ella. Los senos macizos de Carmina, cediendo al encanto brujo de la hora, se convirtieron en dos ascuas de fuego incendiados por la luna. Antino quedó deslumbrado por su brillo. Hundió su mirada en aquellas dos colinas de carne plateada, y un relincho de besos y de apetitos brotó de su pecho.

— Antino — suspiró la moza.

— Dulce Carmina — repuso él acariciándola.

— Antino, no hagamos hijos, alma mía... Serían tan pobres y... tan desgraciados — dijo Carmina sin oponer resistencia alguna.

El grito de la doncella tuvo tal resonancia en el alma sensible del joven que el deseo carnal quedó vencido por el sentimiento angustioso de la presencia, tan extraña y tan familiar, de la situación social de los trabajadores de España. Nuestra España. La madre que nosotros no elegimos, pero a la que día tras día estamos modelando con la pica acerada de nuestros delirios de artistas dementes. Y esta presencia parecía susurrar « amaros y procrear ».

En respuesta a esa presencia dolorosa, los amorosos contestaron jurándose amor eterno e infundo. Ellos no darían más carne a la loba vida. La noche transcurrió entre cuitas y confidencias.

Con el alba naciente se pusieron los dos jóvenes en camino de la ciudad. El repliegue insensible de las brumas de la noche, empezó a manifestarse iniciándose por los más altos picachos, su lenta y fatal retirada. Dieron comienzo los gorjeos pajariles y la brisa se hizo más viva y fresca. Las olas marinas avanzaban y retrocedían con nerviosidad exaltada. Y allá lejos, los barquitos de pesca parecían jugar al escondite con las olas de alta mar. Disminuían de proporción los árboles, al mismo tiempo que cada cosa se iba coloreando y adquiriendo fisonomía propia. La aurora puso luz de hondas penas en el rostro de Carmina. Antino sintió frío en sus huesos al verla mal ataviada, flacucha y pálida. La noche, piadosa, le había vedado ver antes esta Carmina en flor maltrecha por la guarduña vida. Ella le confió parte de sus sinsabores.

— Mi « padre » ha vuelto.

— Vuelto ¿con qué propósitos?

— Para vivir con mi madre.

— ¡Magnífico!

— Y dormir con la hija de mi madre.

— ¿Contigo?

— Mi pobre madre nada sabe de las intenciones

del indio, mi « padre ». Pero yo me he visto obligada a abandonar el hogar bajo pretexto de vivir mi vida.

— ¡Pobre Carmina! ¡Como si en realidad existiera en este país una vida y no un vía-crucis a soportar!

— Trabajo en una fábrica de material de embalaje y tengo una habitancita muy mona con tu retrato en la cabecera de mi cama. Y al lado de la mía, una camita para ti — y agregé con arrobamiento — para el caso de que no me quisieras por mujer, vivir como dos hermanitos, como cuando éramos niños, ¿te acuerdas?

Cuando llegaron a la ciudad, la encontraron jalonada de guardias en uniforme y de patrullas de soldados. El embeleso que los poseía, impidió a Antino prestar a tal acontecimiento la importancia debida. Siguieron avanzando sumidos en su dulce coloquio. Cuando estuvieron en la plaza de la República y se disponían a abordar el pasaje Chinitas, camino del domicilio de Carmina, dos policías les dieron el alto encañonando a Antino con sus pistolas, sin que a éste se le ocurriera otra cosa que recordar las muchas otras veces que fuera detenido en este mismo sitio.

Cuando lo hubieron esposado, los dos policías empujaron al detenido hacia adelante, camino de la jefatura. Todo y sin detenerse volvió la vista hacia atrás. Carmina estaba apoyada sobre una fachada, los ojos muy abiertos y con palidez de desmayo en el rostro. Carmina era un ser venido al mundo para amar y no para combatir. Y esta circunstancia la perdía, pues en un país donde las reglas del juego no han perdido nada de su severidad primitiva, la lucha por la existencia obliga al combate, rudo y despiadado, de todos los días y de todos los momentos. « La naturaleza humana no es mecanismo que se monta y desmonta a capricho », se dijo Antino, repitiéndose una frase que a su juicio, parecía resumir todo el complejo trágico del ser de nuestros días, desbordado por el flujo y reflujo de una sociedad sin orden ni cierto.

Antino volvió de nuevo la vista antes de desaparecer por el dedalo de callejas que cerraban el paso al popular Pasaje Chinitas. Carmina estaba ahora inmóvil en medio de la calle, sus dos manitas cubriéndole el rostro. El detenido hizo un fuerte movimiento de cabeza, como si quisiera expulsar con violencia algún pensamiento molesto. Pero, como de costumbre, pronto perdió toda noción de la realidad y un soliloquio mudo, quejumbroso y embriagador como el embeleso producido por una droga, se apoderó de él. Y bajo sus efectos se esfumó el recuerdo de Carmina, el de los agentes que lo conducían, y el de la suerte que le esperaba. Hasta el de la propia existencia del cosmos finiquitó en él. Antino se había encerrado en su cáscara. Y junto a él, confundido con él, el harpa de todas las armonías empezó a desgranar sus notas. Sus notas grandiosas y sublimes, capaces por sí solas de encantar y humanizar a la serpiente que silba, silbido de odio y de sed de exterminio, en la entraña de cada ser.

Volvió en sí cuando el comisario de policía, sen-

tado con aire de importancia y soberbia, ante su despacho, empezó el interrogatorio de rigor.

El detenido contestó con monosílabos al torrente de preguntas concluyentes del funcionario inquisidor. Y cuando terminado el interrogatorio, y luego de haber sido conducido a través de corredores interminables, se cerró tras él la puerta de la mazmorra, un regimiento de manos compañeras se tendieron fraternas buscando la suya. Hubo abrazos y exclamaciones en conmovedora espontaneidad. Toda la Málaga activa, proletaria y rebelde estaba allí. Todos aquellos rostros le eran familiares. Los jóvenes con él habían hecho el aprendizaje de la rebeldía. Los viejos, con su experiencia estimuladora y consejera, le habían conducido a ser lo que ahora era. Allí estaba todo su pasado y todo su presente. Su familia y su medio natural y fatal. Antino sintió que él amaba aquellos seres por sobre todas las cosas. Pero este sentimiento no bastó para desposeerlo de aquella palpitante sensación de soledad espiritual y sentimental que continuamente le estaba devorando. Allí, junto a él, víctimas del mismo mal y predestina-

dos a seguir rumbos paralelos, estaba todo cuanto de prometedor, de esperanzador, ofrecía la geografía social ibérica. Antino lo sabía. Mas esta evidencia no bastaba para atenuar su inquietud. Y una vez más se repitió uno de sus axiomas preferidos: « Aquí están — se dijo — las picas que han de destruir... y los palustres que han de edificar ». Y su soliloquio continuó por dentro, en tanto todos reunidos en asamblea trazaban proyectos subversivos.

Trazando proyectos, y discutiendo en torno a los mismos, les sorprendió la noche. Ellos, cierto, no la vieron venir. Pero ella acusó su presencia con la llegada de todo un regimiento de guardias con fusil y de camiones con los faros apagados. ¡Silencio! La « ley » conspira, el « orden » complota, se dijeron. Un barco muy panzudo se tragó hombres y proyectos y, mar adentro, exhaló un penacho de humo negro. ¡Ay!... Tan negro y tan elocuente...

¿Y Carmina?

(1) Del libro inédito « Morir al alba », por Ibor Sisifo.

OBSTINACION SALUDABLE

Dar la cara y trabajar con firmeza es siempre una satisfacción viva para quien estima contradictorio tener ideas y no defenderlas en todos los sentidos y en todos los terrenos.

Dar la cara. Perseverar en el esfuerzo. Abrir el surco. Abonarlo copiosamente. Depositar en él la semilla.

¿No es el orgullo de los que piensan?
¿No es el primero de sus deberes?

Traducir en alguna forma la vibración de las silenciosas disconformidades populares.

¿No es para el hombre de ideas ponerse a tono con el mandato de su conciencia?

El brio de los atrevidos, puesto al servicio de los que no se atreven, ¿no convierte en palanca capaz de moverlo todo?

Obstinarse en que los demás se eleven al conocimiento de sus derechos y se dispongan a conquistarlos por el único medio posible, ¿no es una promesa que sirve de base a todas las esperanzas?

Desafiar individualmente peligros inherentes a cualquier acción atrevida, ¿no es promesa formal de que esa acción se transformará en fenómeno colectivo?

Traducir en hechos, hasta donde sea posible, la personal rebeldía y las propias convicciones, es poner a diario un poco de porvenir en el presente. Es preparar el terreno. El allanar el camino.

¿Más libertades y más derechos?

No escribamos nunca tal cosa en nuestra bandera de combate. Sería mezquino.

Desde luego, el todo o nada constituye un absurdo insostenible.

Pero lo sería en idéntico grado perder de vista que nuestros afanes no estriban en ser menos esclavos.

Aspiramos a ser enteramente libres.

Si en el momento culminante de las grandes batallas retrocede la vanguardia, todo está perdido.

Y en la gran batalla que por la transformación social deberá un día u otro librarse, la vanguardia somos nosotros.

La primera garantía del posible triunfo consiste en que sepamos mantener intactas nuestras posiciones.

A la hora en que el oleaje autoritario se desencadena y amenaza devorarlo todo, es cuando tienen mérito y valor indiscutible las muestras de entereza.

Y es entonces cuando más conviene afirmarse, alzar la frente y sentir el orgullo de ser anarquista.

¿No estamos viviendo esa hora terrible? Jamás como en estos momentos pugnó la bestialidad de los dominadores que quieren seguir siéndolo por mantenernos uncidos a su tutela ignominiosa a toda costa.

La fuerza se empeña en retrotraernos a las ne-
gruras sangrantes del pasado.

LA VIDA Y LOS LIBROS

EL VATICANO CONTRA EUROPA (1)

PIO XII, EL PAPA DE LA GUERRA

La elección de Pacelli a la Santa Sede no deja de ser muy aleccionadora. A pesar de ser el niño mimado del español Merry del Val, a pesar de que Pacelli gozaba de gran influencia en todos los medios vaticanistas y era de luengos años uno de los encargados de la enseñanza de Derecho concordatorio en la Academia de nobles eclesiásticos, dada su posición pro nazi, se esperaba votasen contra él los cardenales de las naciones cuya política chocaba con la de Alemania. Para evitar la derrota, Ledochowski (2), suscitó artificialmente una candidatura frente a la de Pacelli, candidatura notoriamente fascista como era la del cardenal Schuster. Frente a éste Pacelli aparecía como « liberal ». Ante tal jugada, no faltó cristiano de izquierdas — los que después formaron el equipo « La quinzaine » —, que exclamase : « Políticamente es un golpe bajo, un verdadero golpe de General de Jesuitas. »

Cuando Pacelli empezó su carrera diplomática, el cardenal Merry del Val era maestro y jefe de la diplomacia vaticana. Aquél fué el alumno que no tardó en aventajar al maestro, pero no obstante,

(1) Ved CENIT, números 144 y 145.

(2) Ledochowski, General de Jesuitas. Este elaboró un plan de política europea para el catolicismo, plan que Pío XII hizo suyo y en Hitler veía al único ejecutor.

Tremolemos al viento, sin tregua, la bandera de nuestros ideales, reflejo esplendoroso del porvenir.

..

Digamos que seguimos siendo lo que fuimos. En toda la línea. Sin reservas.

Sin retroceder ni un solo paso.

Cederles una pulgada de terreno, como no sea obligados por la violencia, a uno cualquiera de aquellos que han sembrado de angustias y dolores el campo de la convivencia humana, o a sus cómplices o encubridores, constituyó una vergüenza.

Y un peligro evidente.

Y un gran crimen.

..

Mañana tendremos que responder ante el Pueblo de nuestra actitud de hoy. Seamos dignos de aquél que ha de juzgarnos en última instancia.

Frente a todos los poderes que no transigen con la libertad sin trabas, fundamento insustituible del anarquismo, proclamamos alto que, pase lo que pase, nosotros no transigiremos jamás con ninguna forma del despotismo...

EUSEBIO CARBO

sigue fielmente la línea rígida que un « misterioso espíritu » de continuidad pontifical traza desde la Santa Sede.

Desencadenada la primera guerra mundial pronto se vió que de no evitar la participación de Norteamérica la derrota de Alemania era inevitable. De ahí la « Paz Blanca » solicitada por el Vaticano al año de guerra. El portavoz de esta gestión fué Mgr. Pacelli, el cual hizo gestiones directas con Guillermo II y el emperador de Austria. Lo mismo el cura Sertillanges desde la Madalena, que monseñor Brugueret en la « Revue de Paris » tanto en esta oferta de paz como en las gestiones tendientes a impedir que Italia y los U. S. A. se aliaran contra Alemania vieron una « acción de enemigos ». Ambas posiciones del Papado, decían estos reverendos franceses, no tenían otro objeto que el de facilitar la victoria de los ejércitos prusianos.

A estas tomas de posición vaticana se debe que en Versalles el año 19, la Santa Sede se viera excluida. Grave posición atentatoria a la soberanía del Infallible, pero de consecuencias prácticas muy reducidas, pues que, de haberse tratado de otros poderes, difícil hubiese podido descartarse la aplicación de sanciones. Todo lo que se vió después del Tratado de Versalles no han sido más que preparativos de revancha que hoy constatamos han dado resultados substanciosos al poderío del Clero católico.

Fué en el Congreso de Fulda en donde los obispos alemanes decidieron apoyar al movimiento nacionalista alemán y en este congreso el Pacelli llevó uno de los papeles de coordinación más importantes. El papel de Pacelli a favor del ideal totalitario se comprenderá si sabemos que buena parte del episcopado alemán en los años 30 y 32 era de sentimientos inclinados al liberalismo. Decidieron a favor del nazismo cuando se les dijo que « el Papa se declaraba personalmente favorable a Hitler »; a esta información obedece que el Zentrum católico diese sus votos a Hitler el 30-1-33. Baviera ha sido siempre una zona católica y esta región era una de las pocas plataformas en donde el catolicismo podía afincar su idea de extensión. Es en Baviera en donde Hitler recrutó sus primeras tropas de choque. La satisfacción del Papado ante el progreso de la política nazi queda evidenciada cuando al presentarse ante el Papa una delegación de las Juventudes Católicas, el Sumo Pontífice, en el idioma diplomático, que dice todo sin comprometerse a mucho, dijo : « Bendita sea esta juventud renovada, en una Alemania también en renovación. » Esto dicho al día siguiente de la victoria de Hitler. Toma de posición que fué contestada por el dictador : « Nuestros sentimientos, incluso nuestro antisemitismo, son pues, absolutamente compatibles con el credo cristiano. » (Discurso de Hitler en Koenigsberg el 6-9-1933).

Un hombre puede equipararse en responsabi-

dad a Mgr Pacelli. Fué Von Papen, el *alter ego* del cardenal, de forma que la influencia ejercida recíprocamente no tiene de igual más que su responsabilidad compartida. Por algo Franz von Papen fué tan benignamente tratado por el tribunal de Nuremberg.

Desde la época de Lutero, ningún concordato se había firmado entre el Vaticano y Alemania. Papen, en nombre de Hitler firmó el primero gracias a la astucia y diligencia de Pacelli. Es Papen quien escribe en sus «Memorias»: «El Canciller Hitler me rogó que asegurara al secretario de Estado papal (Eugenio Pacelli), que amordazaría al clan de anticlericales que aún respiraba en Alemania.» E inmediatamente fué firmado el Concordato.

¿Qué papel debió jugar Pío XII cuando en el despacho de Franco, por lo menos hasta el año 1946, se veían, cual nueva santísima trinidad, los retratos de Mussolini e Hitler superpuestos por el del Papa Pío XII?

«El gobierno del Reich puede estar seguro de que mi corazón late y latirá siempre por Alemania.» — Pío XII. — Informe de Ribbentrop sobre su conversación con el Papa el 11-3-1940.

La confianza que Hitler tenía en el *alter ego* de von Papen se comprende en el hecho de que «apenas la tiara se había colocado sobre la cabeza de Pacelli, que Checoeslovaquia se veía invadida por las tropas hitlerianas.»

Según Alexandre Lenôtre, confirmado por el propio F. Mauriac, ni aun en el año 1943 se obtuvo del Papa una manifestación antinazista: «Se nego, dice, a condenar públicamente los campos de concentración nazi.»

Cómo sería su comportamiento cuando poco después de la guerra, en el University College de Cardiff se discutió si «Debía el Papa ser juzgado como criminal de guerra.»

Y que había motivos para ello es más que evidente. Por un lado él mismo decía al lado de quién «latía su corazón», por otro se callaba ante las matanzas y atropellos: «La población parisina, dice E. Paris en «Le Vatican contre l'Europe», reaccionó violentamente ante la infamia que cometían los soldados nazis. Hubo madres que antes de entregar sus niños a los SS. los arrojaban por las ventanillas del tren. Hubo quien consiguió salvar alguno. Pero el horrible holocausto no llegó a emocionar el corazón del cardenal Suhard, ni el del Santo Padre. Pío XII se guardaba muy bien de condenar la nueva «Matanza de inocentes».

El 15-11-45, el doctor Nerin F. Gun fué recibido por el Papa. Nerin expresó su sorpresa al observar el silencio de la Santa Sede frente a los atropellos nazis, así como también su queja por no haber organizado ninguna ayuda a favor de las víctimas del nazismo. El Papa le contestó: «Sabíamos que, por razones políticas en Alemania se

registraban violentas persecuciones, pero nunca se nos informó del carácter inhumano de la represión nazi.»

Así que, ya lo sabéis, «el Papa ignoraba lo que pasaba en Alemania». Después de la respuesta, Pío XII se quedó tan fresco. Sin embargo, no es eso lo que dice Avro Manhattan en el «Vaticano del siglo XX». Veámoslo: «Puesto que los prelados son «de facto» sus agentes y sus nuncios poseen medios de información y de presión que ningún otro diplomata tiene, el Vaticano es sin duda alguna una de los centros mejor informados del mundo.»

A confirmarlo viene la declaración que el 22 de enero de 1940 hizo François Charles Roux, embajador de Francia en el Vaticano: «Pío XII estaba perfectamente al corriente de las crueldades cometidas por los alemanes en Polonia. Conocía también el riguroso tratamiento del que eran objeto los checos en Bohemia y Moravia.»

No solamente no condenó atrocidad alguna, sino que hizo peor: «El Vaticano autorizó a sus misionarios para que al lado de las tropas alemanas se instalasen en los territorios rusos ocupados. Entre otros objetivos, el de colocar a los Estados bálticos en la esfera de la nunciatura de Berlín, era uno. Tiempos hacía ya que para ello había creado el «Collegium Russicum».

Y más que peor, Pío XII, cual cura trabucaire, el día de Navidad de 1942 envió un mensaje al mundo que vale por una verdadera declaración de guerra, una clara toma de posición beligerante: «La hora no es para lamentaciones, dijo el vicario de Cristo, sino para actuar... Con el entusiasmo de las Cruzadas, que los mejores de la Cristiandad se unan al grito de ¡Dios lo quiere! dispuestos a servir y a sacrificarse como los cruzados de otrora. Nosotros os exhortamos y os suplicamos de comprender íntimamente la terrible gravedad de las circunstancias presentes. En cuanto a vosotros, voluntarios que participáis a esta Santa Cruzada de los tiempos nuevos, elevad la bandera... declarad la guerra a las tinieblas de un mundo separado de Dios.»

Belicismo, belicismo puro. Ninguna lamentación, ningún ruego para que los verdugos no fuesen tan crueles. Toda su caridad la guardó para después. Una vez terminada la guerra, movilizó todos sus hombres, sus bienes y su influencia para que sus allegados de los SS. y demás von Papen, Hans Frank, gobernador de Polonia, Artfur Graiser, etc., saliesen sanos y salvos de la quema.

Gracias a su intervención von Papen no fue condenado a muerte. Cuando el tribunal hizo público su veredicto, no faltó quien dijo: inoventar a von Papen es condenar a Pío XII.

¿Qué razón tenía Bernanos cuando decía: «Conozco el partido clerical. Sé hasta qué punto le falta corazón y desconoce el honor.»

Sin duda alguna, Bernanos pensaba en Pío XII cuando juzgó al partido clerical.

M. CELMA

(Continuará.)



Versiones

por DENIS

El filósofo

ERASE un filósofo que parecía arrancado de las páginas de un libro humorístico.

De todas las anécdotas cómicas que circulaban por el país, aunque fueran anteriores a él, era él el protagonista. Y de muchas que no circulaban, menos asequibles al gusto general. El fué quien, por haber cedido el paso a un transeúnte apresurado, yendo por la calle absorto en la lectura, marchó largo rato, sin darse cuenta, con un pie por la acera y otro por el arroyo. Y quien no pensó, al darse cuenta, sino en que de repente se había quedado cojo. El era quien olvidaba siempre, no importa dónde, el paraguas de que su mujer —su protección y su castigo— le cargaba cuando amenazaba lluvia. Y quien un día volvió a casa con paraguas de que la mujer no le había cargado. Suceso que tuvo consecuencias. Días después le saludó, al cruzar con él, un desconocido. Atento, porque lo era, devolvió el saludo. Pero añadió, siempre deseoso de conocer el porqué de sus actos:

— Perdone. No le conozco o, por lo menos, no le recuerdo.

— Yo tampoco le conozco a usted —respondió el desconocido—. Pero conozco mi paraguas.

Rió el filósofo, al devolver a su dueño el molesto artefacto, y nació del encuentro una amistad duradera. No había tropezado jamás el desconocido con hombre más merecedor de afecto.

Otra de las cosas de que cargaba al filósofo su mujer, era de un reloj, para que no se olvidara de volver a casa a hora conveniente. Pero se olvidaba. Nunca consultaba el reloj, y muchas veces lo habría consultado en vano: Salvo cuando su mujer se cuidaba de darle cuerda, no marchaba.

Si había algo de que el filósofo estuviera seguro, era de que el tiempo no existe. Sobre todo, el tiempo que miden los relojes. La hora de un viejo es infinitamente más corta que la de un niño. La del perezoso, mucho más larga que la del atareado. ¿A quién mide el tiempo el reloj? A un ser que no existe. Es esa medida una convención. Tal vez buena. Para él, indiferente. Las horas llenas corren de otro modo que las horas vacías. Sus horas casi no eran horas de nadie sino suyas. No tenía más que dialogar con alguien para advertirlo.

Se había pasado el filósofo mucho horas de su juventud tratando de averiguar qué es el ser en sí. Acabó por juzgar aquellas horas perdidas. Importa poco saber —vino a decirse— qué es el ser en sí. Lo importante es saber qué son los seres que nos rodean, cada cual con un ser distinto, difícilmente amoldable al ser en sí. No es común el ser en sí, pero de lo que no es común hacemos cada cual aquellos que nos place, o podemos hacerlo, cuando existimos. No lo hacemos, porque no existimos: nos

dejamos existir, cuando más. Problema, problema. Existe, sin duda, el ser en sí: no existen los seres. No existen aquellos por quienes no es permitida la duda de que el ser en sí existe. Viven porque han nacido. Mueren porque todo lo nacido muere. Y desde que nacen hasta que mueren, pasan por el mundo como sombras. Sin descubrir el ser que les es común, ni las innumerables cosas que les son asimismo comunes y de las cuales podría disponer cada cual a su antojo. Caprichosos todos, sí, pero no en aquello que el capricho importaría.

Por decir que el tiempo no existe, y que los seres tampoco existen, los estudiantes se habían reído de él. Porque había sido profesor. Ya no lo era. Dejó de serlo por temor de dejar de ser filósofo. A tiempo. No mucho más tarde, las risas de los estudiantes, convertidas frecuentemente en protestas, habrían puesto fin a su profesorado. Era inadmisibles se permitiera decir que ellos, que estaban allí, oyéndole, no existían. Que habían nacido y morirían sin existir: aunque llegaran a médicos, abogados o ingenieros. Que una cosa era ser médico, abogado o ingeniero, y otra ser hombre. Y que el hombre es el único que existe.

No pudo terminar su lección el día que tal era su lección. Previeron los estudiantes cómo iba a terminarla. No le dejaron terminarla. No podían escucharle más; no podían esperar en silencio la conclusión a que iba a llegar. Les parecía oírle ya: que ellos no eran hombres, ni estaban en camino de serlo; que estaban en camino de ser médicos, o abogados, o ingenieros, y nada más. Gritaron, gritaron desaforadamente.

Días después abandonó la cátedra, antes de que le obligaran a abandonarla. El escándalo que le dio su mujer, por haberla abandonado, fue mayor que el de los estudiantes.

— ¿De qué vamos a vivir ahora? —le preguntó su mujer, en una pausa de su indignación.

— Los pajarillos del campo...

— ¡Basta, basta! —gritó la protección y el castigo del filósofo—. No me vengas con citas. Tú no eres un pajarillo, ni yo una avecilla. Tú necesitas que te pongan la mesa tres veces al día. Y tú y yo necesitamos mil cosas más que los pajarillos no necesitan. Zapatos, por ejemplo. Mira qué zapatos llevas. Vergüenza te debía de dar. Y mira qué traje. Ya he olvidado los años que tiene. ¿Cómo te comprarás otro ahora?

— Adán no llevaba ninguno.

— ¿Otra cita? Adán era un adán.

— No pierdas el respeto a nuestros antepasados.

— ¿Filósofo tú? Un pobre hombre. Eso es lo que eres. Un pobre hombre que cree en cuentos de viejas.

— Deja tranquilas mis creencias. He citado a Adán para que me comprendieras. El mismo fin tenía mi

cita de los pajarillos. Me esfuerzo siempre por colmar el abismo que nos separa.

— ¡El sabio! ¡Se esfuerza por colmar el abismo que le separa de la ignorante! ¡Vives en el limbo, amigo mío, y yo, tu mujer, vivo en la tierra, aquí, en esta casa, donde se ha de poner la mesa tres veces al día! ¿Cómo, cómo la pondré ahora? Responde.

— Para mí es igual si no la pones.

— No hay como los filósofos para decir tonterías, y para hacerlas. Eso es hablar por no callar. En todo caso, para mí no es igual. No se pierde fácilmente una costumbre tan arraigada.

— Ya lo sé, ya lo sé. Las costumbres.

— Ahórrate el discurso. Me sé de memoria tus tonterías. Existen, por desgracia, según tú, para quien tan pocas cosas existen. Existen, sí, por desgracia, si quieres. Existe la de comer. No la he inventado yo.

— No lo lamentos. Es uno de tus méritos.

— Gracias. Y espabilate para que no la pierda. Autor del mal que has hecho, te corresponde remediarlo. Deja de vivir en el limbo. Gentes que valen mucho menos que tú, salen adelante mejor que tú.

— Te doy yo las gracias ahora, sin ironía, por la amabilidad que entrañan tus palabras, aunque no sea tu propósito ser amable.

— No vuelvas a las andadas. Estoy ya harta de oírte hablar del abismo. Eres una criatura. Y de poco juicio. Si no fuera por mí, ¿qué sería de ti?

Tuvo que confesar aquí el filósofo que su mujer tenía razón, y le acarició el rostro, turbado como un niño. Le devolvió la mujer la caricia, como a un niño, y la tumultuosa escena les halló, al terminar, más cerca uno de otro que nunca.

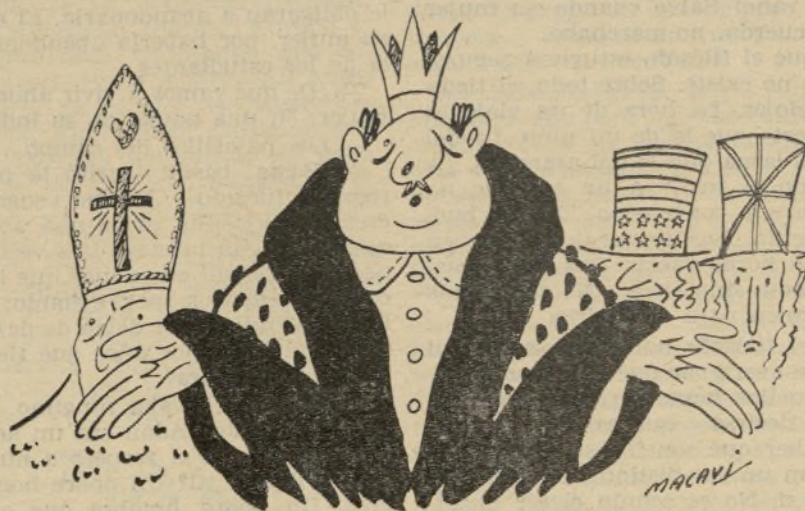
— Me pondré a trabajar, mañana mismo —dijo el filósofo—, no importa en qué.

No le fue tan fácil encontrar trabajo como supuso. Lo encontró, finalmente, menos retribuido que el del profesorado, pero menos contrario a su filosofar. La cercanía de los hombres, a veces angustiosa hasta la agonía, hacía acariciar otras veces la esperanza de que se dispusieran a existir. En esas ocasiones, que pronto eran recuerdo parecido al de un sueño, volvía el filósofo a su casa tan alegre que su mujer sospechaba de su fidelidad. La protección no dejaba jamás de formar cuerpo con el castigo.

Casi perdió el filósofo, con los años, y por mil experiencias vividas, amargamente vividas, la esperanza de que los hombres llegaran a existir. Y esa pérdida fué la que le hizo distraído, hasta el punto de convertirse en el hazmerreir de todo el mundo. Iba por la calle, estaba en el trabajo, y en su casa, ensimismado. No tanto que no le alcanzara, y le hiriera, aunque se habría dicho que no lo advertía, el dolor de los hombres. Que no era dolor porque existían, sino por que no existían.

En uno de sus momentos de mayor ensimismamiento —acababan de partir millones de hombres armados al encuentro de otros millones de hombres armados—, se desbordó el río en cuya orilla estaba su casa. Ya habían invadido las aguas los bajos. Ya llegaban al primer piso, en el cual se hallaba. Los vecinos, que se habían salvado, le gritaban que se salvara. No oía qué le decían. Creyó entender que le decía algo referente a la casa. Sin moverse, contestó:

— Avisad a mi mujer. Es ella quien se cuida del hogar.



POETAS DE AYER Y DE HOY

Tú me quieres blanca

Tú me quieres alba,
me quieres de espuma,
me quieres de nácar.
Que sea azucena
sobre todas, casta.
De perfume tenue,
corola cerrada.

Ni un rayo de luna
filtrado me haya,
ni una margarita
se diga mi hermana :
tú me quieres blanca,
tú me quieres nivea.
tú me quieres casta.

Tú, que hubiste todas
las copas a mano,
de frutos y mieles
los labios morados.
Tú, que en el banquete
cubierto de pámpanos
dejaste las carnes
festejando a Baco.
Tú, que en los jardines
negros del engaño,
vestido de rojo
corriste al estrago.

Tú, que el esqueleto
conservas intacto
no sé todavía

por cuáles milagros,
me pretendes blanca
(Dios te lo perdone),
me pretendes casta
(Dios te lo perdone),
me pretendes alba.

Huye hacia los bosques;
vete a la montaña;
limpiate la boca,
vive en las cabañas;
toca con las manos
la tierra mojada;
alimenta el cuerpo
con raíz amarga;
bebe de las rocas,
duerme sobre escarcha;
renueva tejidos
con salitre y agua;
habla con los pájaros
y llévate al alba.

Y cuando las carnes
te sean tornadas,
y cuando hayas puesto
en ellas el alma
que por las alcobas
se quedó enredada :
entonces, buen hombre,
preténdeme blanca,
preténdeme nivea,
preténdeme casta.

(Alfonsina Storni, poetisa argentina que intentó hacer de su vida la suprema poesía, se suicidó en 1938. Destino trágico el suyo, el de una mujer dominada por el ansia de liberación íntima : y que se tradujo en un drama de soledad íntima. Como ella misma lo dijo) :

«... Hace ya tiempo que yo estaba sola
con mis versos, mi orgullo; en suma, nada... »

ALFONSINA STORNI

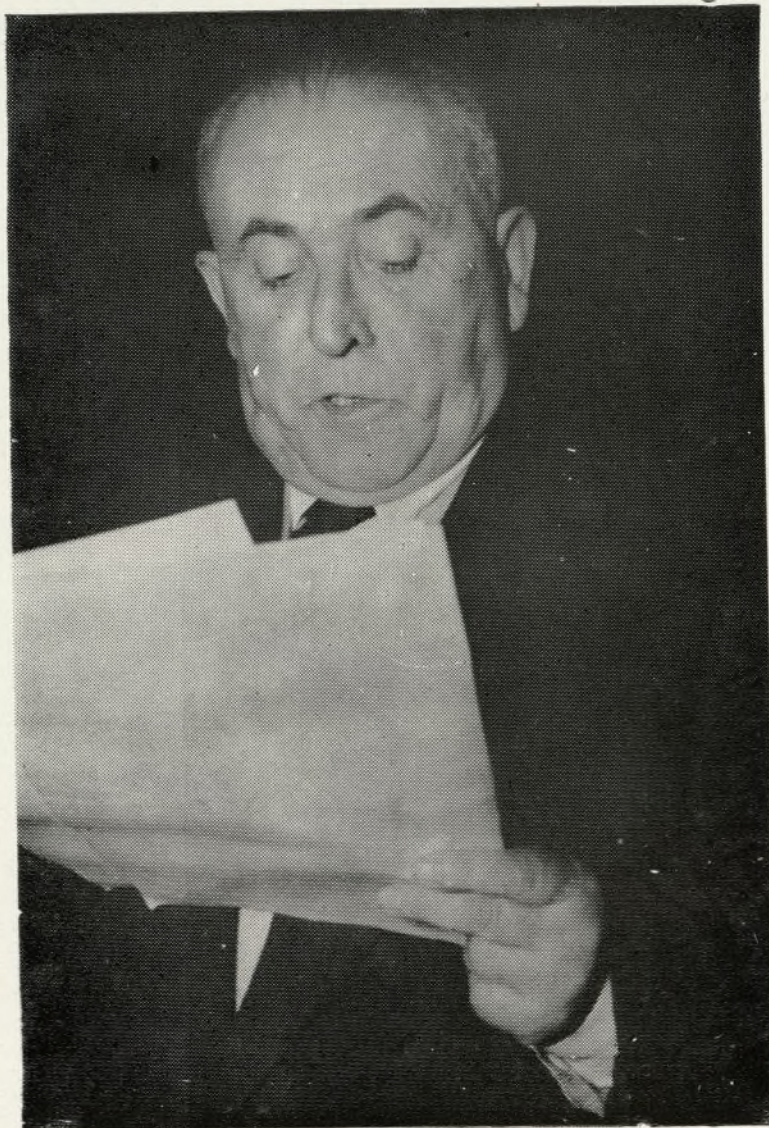
OBRAS DE FELIPE ALAIZ

«Tipos españoles»

5 FRANCOS

«Quinet»

5 FRANCOS



"En España hay un sentido tan exagerado de las cosas que a cualquier pobre diablo se le llama fascista y a cualquier profesional de la huída, revolucionario. Los desarropados acuden a conferencias con los gobernantes creyendo que estos son algo y significan algo cuando los mismos gobernantes están en absoluta decadencia"

Pedidos a todos los servicios de librería